héroes del ESPACIO

NOVELAS ECSA

EL COLECCIONISTA DE SERES



JOSEPH BERNA

SOLO PARA ADULTOS

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS
EN ESTA COLECCIÓN

32 — La última barrera — Clark Carrados.
33 — ¡Destruyan la Tierra! — Eric Sorenssen.
34 — Prisión espacial — Joseph Berna.
35 — Orbita mortal —Law Space.
36 — La nave del espacio — Curtis Garland.

JOSEPH BERNA

EL COLECCIONISTA DE SERES

Colección
HEROES DEL ESPACIO n.º 37
Publicación semanal

EDICIONES CERES, S. A.

AGRAMUNT, 8—BARCELONA (6)

ISBN 84—85626—56—7

Depósito legal: B. 30.750 — 1980

Impreso en España — Printed in Spain

1.ª edición: diciembre, 1980

Esta edición es propiedad de
EDICIONES CERES, S. A
Agramunt, 8
Barcelona — 6

Impreso en los Talleres Gráficos de EBSA
Parets del Vallès (N—152, Km 21,650) Barcelona —1980

CAPÍTULO PRIMERO

Rory Nolan, aerotaxista de profesión, posó su aerotaxi en la amplia azotea del edificio de apartamentos en donde vivía Eleyne Varsi, una preciosa muchacha de sólo veintidós años de edad, cabellos dorados como el trigo maduro, ojos intensamente azules y una boca que no parecía estar hecha para comer y beber, sino para besar y ser besada, porque era una pura delicia.

Eso, al menos, pensaba Rory Nolan, que contaba veintiocho años, tenía el pelo oscuro y una cara simpática, aunque un tanto cínica. Tiraba más a delgado que a gordo, pero era un tipo fuerte, lleno de vigor y energía.

Rory había besado en más de una ocasión los dulces labios de Eleyne, siempre cálidos y húmedos, jugosos, apetecibles, pero no había obtenido mucho más de la hermosa muchacha, pese a haberlo intentado con tenaz insistencia.

Eleyne, a diferencia de las otras chicas que conocía Rory, siempre le frenaba, y no había manera de acariciar sus largos y sedosos muslos, de oprimir sus altos y agresivos senos, de manipular sus provocativos pezones, siempre erectos bajo la blusa, el vestido, o cualquier otra prenda de las que solía ponerse la atractiva muchacha.

Y es que Eleyne Varsi era una chica difícil de con quistar.

Tremendamente difícil.

Pero Rory Nolan no perdía la esperanza de llevársela a la cama algún día y retenerla en ella hasta el siguiente, como mínimo.

Con un poco de suerte, eso podía suceder aquella misma noche.

Rory estaba dispuesto a intentarlo con más fe que nunca.

Eleyne tenía que ser suya.

Lo deseaba tanto…

Firmemente decidido a conseguirlo, Rory Nolan descendió de su aerotaxi, sin olvidarse de coger la caja de bombones rellenos de licor que había comprado para obsequiárselos a Eleyne Varsi.

Tal vez así…

Rory echó a andar con paso firme hacia el elevador.

No vestía el uniforme de aerotaxista, sino un traje rojo oscuro, de una sola pieza, ligero y brillante, y calzaba altas botas plateadas, muy flexibles y cómodas.

Rory alcanzó el elevador, se introdujo en él y pulsó el botón de la planta cincuenta y dos, porque en ella se encontraba el apartamento de Eleyne.

El edificio constaba de ciento treinta plantas, nada menos.

Y no era de los más altos que había en Atlanta.

La capital del estado de Georgia había crecido considerablemente en la última década del siglo XX, tanto en extensión como en altura, y ahora, en el año 2005, era una de las ciudades más importantes no ya de los Estados Unidos, sino del mundo entero.

El elevador se fue rápidamente hacia abajo.

Antes de un minuto se había detenido en la planta cincuenta y dos.

Rory Nolan salió del veloz artefacto mecánico y caminó hacia el apartamento de Eleyne Varsi.

Era el 520.

Rory pulsó el timbre.

Apenas quince segundos después, la puerta se abría Eleyne Varsi se dejó ver, luciendo un sugestivo vestido de dos piezas, que dejaba al descubierto sus hombros, buena parte de sus senos y casi todo su estómago, de piel tersa y suave, maravillosamente bronceada.

Por la abertura frontal de la pieza inferior asomaban, incitantes, sus esculturales piernas, igualmente tostadas por el sol.

—Rory… —murmuró la bella muchacha, como muy sorprendida.

El aerotaxista exhibió su mejor sonrisa.

—¿Cómo estás, Eleyne?

—Muy bien. ¿Y tú…?

—No tan bien como tú, eso salta a la vista.

Eleyne Varsi sonrió, halagada.

—Ya empiezas con tus piropos.
—No puedo evitarlo, Eleyne. Cada vez que te veo, te encuentro más hermosa y más seductora.
—¿Quieres pasar, Rory?
—Claro. No he venido para quedarme en la puerta.
—Entra.
—Gracias.
Rory Nolan penetró en el apartamento.
Eleyne Varsi cerró la puerta y preguntó:
—¿Qué traes en esa caja, Rory?
—Bombones.
—¿Son para mí?
—Sí.
—Oh, Rory, no tenías que haberte molestado…
—Sé que te gustan mucho los bombones, Eleyne.
—¡Me chiflan!
Rory Nolan abrió la caja.
—Vamos, coge uno y dime qué te parecen.
—No tendrás que repetírmelo —rió la muchacha, y atrapó un bombón.
Se lo llevó a la boca y le dio un mordisquito, rompiendo el vacío que almacenaba el licor.
—¡Rory! —exclamó, respingando.
—¿Qué?
—¡Están rellenos de licor!
—¿Y no te gustan así?
—¡Al contrario, me vuelven loca! ¡Son los que más me gustan!
—Vaya, me alegro de haber acertado.
Eleyne Varsi acabó de comerse el delicioso bombón y dijo:
—Coge tú uno, Rory.
—No, Eleyne. Los compré para ti.
—¡Pero yo quiero invitarte!
—Prefiero que me invites a otra cosa.
—¿A qué?
—A saborear tus preciosos labios.
—¿Quieres besarme?
—Sí.
—¿Me prometes que te limitarás a eso?

—Prefiero no hacer promesas que luego a lo mejor no soy capaz de cumplir.

—Entonces, no hay beso.

—Eleyne...

—No insistas, Rory. Si no me prometes que tus manos se quedarán quietas, no dejaré que me beses. Aún recuerdo lo que pasó la última vez que me dejé besar por ti...

—No pasó absolutamente nada.

—Porque te frené a tiempo, que si no... Tu mano ya se deslizaba por el escote de mi blusa.

—¿Acaso no encuentras natural que un hombre desee acariciar los senos de la mujer que le gusta?

—Son muchas las mujeres que a ti te gustan, Rory. —Tanto como tú, ninguna.

—Eso se lo dirás a todas.

—Te juro que no, Eleyne.

—Si yo estuviera segura...

—Acabo de jurártelo, ¿no?

—Tú, con tal de llevarme a la cama, eres capaz de jurar que la Tierra tiene forma de pera.

—Me ofendes, Eleyne.

—¿Vas a negar que deseas acostarte conmigo?

—No... No puedo negar que deseo hacer el amor contigo, pero de una manera noble y sincera, sin engaños de ningún tipo.

—Amor y amar son dos palabras que están directamente relacionadas, Rory.

—No entiendo lo que quieres decir, Eleyne.

—Tú me has dicho muchas veces que te gusto, pero, que yo recuerde, jamás me has dicho que me amas.

Y yo no quiero hacer el amor con un hombre que no me ama. ¿Lo entiendes ahora, Rory?

—Seguramente me enamoraría de ti si tú...

—Si yo accediera a irme contigo a la cama, ¿verdad?

—Es donde mejor se conocen un hombre y una mujer, Eleyne.

—Eso lo dirás tú.

—Es una opinión que comparte mucha gente.

—Pues yo no estoy de acuerdo, Rory. Pienso que no es necesario que un hombre y una mujer se acuesten juntos para poder

enamorarse.

—Bueno, no es absolutamente imprescindible, pero...

—No discutamos más, Rory. Yo te gusto y tú a mí tampoco me disgustas, por eso somos amigos. Nos vemos de vez en cuando, charlamos, e incluso nos damos algunos besos. Si no quieres que nuestra amistad se rompa y dejemos de vernos, no me pidas más, porque no sólo no te lo daré, sino que me enfadaré y te mandaré a paseo.

—¿Y si de pronto me diera cuenta de que estoy enamorado de ti?

—Si eso sucediera, házmelo saber y entonces veríamos.

—¿Qué es lo que veríamos?

—Si yo puedo corresponderle o no.

—Entiendo.

—Gracias por los bombones, Rory.

—¿Me echas, Eleyne?

—No, Rory. Pero, después de lo que hemos hablado, creo que debes irte. Si te quedas un rato nos sentiremos los dos muy violentos. Es mejor que te marches.

—Vine con el propósito de invitarte a cenar, Eleyne.

—Otro día, Rory.

—Por favor... —insistió Nolan.

—No dormiremos juntos esta noche porque me invites a cenar, Rory.

—No lo hago con esa intención, Eleyne.

—¿Seguro que no?

—Te doy mi palabra.

—En ese caso, acepto —sonrió la joven, y le dio un beso en la mejilla al aerotaxista.

—Me hubiera gustado más en los labios —repuso Nolan, sonriendo a su vez.

—Te daré otro ahí si prometes respetar mi cuerpo.

—Sólo puedo prometerte que intentaré con toda mis fuerzas mantener mis manos quietas. ¿Te basta con eso?

—No, pero me arriesgaré —respondió la muchacha, ofreciéndole ya sus tentadores labios.

CAPITULO II

Rory Nolan besó la deliciosa boca de Eleyne Varsi, al tiempo que sus brazos rodeaban la desnuda cintura femenina.

La muchacha le devolvió el beso y no protestó cuando las manos

del aerotaxista acariciaron su espalda.

Mientras no sobrepasasen los límites de esa zona...

Rory estuvo tentado de hacerlo, pues era muy grande su deseo de alcanzar los preciosos senos de Eleyne, pero logró reprimirse.

—Te has portado bien, Rory.

—Lo mío me ha costado, no creas.

—Deseabas acariciarme algo más que la espalda, ¿verdad?

—Bastantes cosas más.

—Siento no poder complacerte, Rory.

—Más lo siento yo.

—¿Nos vamos?

—Cuando quieras.

—Estoy lista. Sólo tengo que coger mi bolso.

—Pues cógela y larguémonos. Tengo apetito, ¿sabes?

—¿Sexual o del otro?

—No me provoques, Eleyne, o no podré portarme bien.

La muchacha rió.

—No era mi intención provocarte, y tú lo sabes.

—No estoy muy seguro.

—Claro que lo estás. Lo que buscas es una excusa para meterme mano descaradamente.

—Nunca he hecho eso contigo.

—Pero lo has intentado muchas veces.

—¿Vamos a ponernos a discutir otra vez?

—No, tranquilízate —volvió a decir Eleyne, y fue en busca de su bolso.

Rory clavó sus ojos en las firmes caderas femeninas, cuyo sensual balanceo tanto le excitaba.

«A ti te llevo yo esta noche a la cama. ¡Como me llamo Rory Nolan que te llevo!», pensó.

Eleyne cogió su bolso y regresó.

—Podemos irnos, Rory.

Nolan abrió la puerta y salieron del apartamento. Mientras caminaban hacia el elevador, Eleyne preguntó:

—¿Has venido con tu aerotaxi?

—Sí, lo posé en la azotea.

—¿Dónde vamos a cenar, Rory?

—No te lo digo.

—Prefieres darme una sorpresa, ¿eh?
—Sí.
—Espero que sea agradable.
—Te gustará, estoy seguro.
Entraron en el elevador.
Rory oprimió el botón de la azotea y el artefacto mecánico se fue para arriba a gran velocidad.
Mientras subían, el aerotaxista posó sus manos sobre los redondos y suaves hombros de Eleyne Varsi. Los acarició y dijo:
—Tienes unos hombros preciosos.
—Gracias.
—Todo lo tienes precioso, Eleyne.
—No te lances, Rory.
—Un elevador es el lugar menos apropiado para lanzarse.
—Para ti, cualquier lugar es bueno.
—Te estás metiendo mucho conmigo esta noche, Eleyne.
—Lo siento.
—No me amargues la velada, por favor.
—Tú insististe en llevarme a cenar, Rory.
—Sí, y empiezo a arrepentirme.
—Todavía estás a tiempo.
—No, no voy a cambiar de idea. Pero te ruego que no me pinches más, Eleyne.
—¿Enfadado, Rory?
—No, sólo un poco molesto por tus continuos ataques.
El elevador se detuvo en la azotea.
Antes de salir de él, Eleyne Varsi alzó sus manos y las posó sobre los hombros de Rory Nolan.
—Perdóname, Rory.
—Perdonada.
—Gracias —sonrió la muchacha, y le besó en los labios.
Rory le pasó el brazo por la cintura.
—Anda, vamos —dijo, sacándola del elevador.
Eleyne rodeó a su vez la cintura masculina, y así, cogidos el uno del otro, caminaron hacia el aerotaxi. Subieron a él y Rory puso el motor en marcha.
El aparato volador se elevó verticalmente y luego se lanzó hacia adelante, diestramente pilotado por Rory

Nolan.

De pronto, Eleyne Varsi se echó a reír.

Rory la miró.

—¿Qué es lo que te hace tanta gracia?

—Me estaba acordando de lo que pasó la última vez que subí a tu aerotaxi.

—¿Qué pasó?

—¿No lo recuerdas?

—No.

—Con la excusa de accionar la palanca de despegue vertical, me pusiste la mano sobre la rodilla izquierda.

—No fue una excusa, fue un error totalmente involuntario.

—Rory, que tu mano se fue para arriba...

—Porque no encontraba familiar lo que tocaba.

—Tienes más cara que un girasol.

—Piensa lo que quieras.

—No te enfades, tonto. Yo tampoco me enfadé cuando me pusiste la mano sobre la rodilla. Ni cuando se fue atrevidamente muslo arriba.

—Pero te apresuraste a frenarme.

—Claro. Sabía cuál era tu meta, y no podía permitir que la alcanzaras.

—Estás equivocada, Eleyne. Sólo pretendía acariciarte los muslos, no alcanzar el tesoro que guardas entre ellos...

La joven rió de nuevo.

—¿De qué te ríes ahora? —preguntó el aerotaxista.

—Me ha hecho gracia lo que has dicho, Rory. Llamarlo tesoro me parece un poco exagerado.

—Para mí lo es. Un tesoro inalcanzable, por ahora.

Eleyne Varsi iba a decir algo, pero se interrumpió al ver que el aerotaxi de Rory Nolan realizaba un brusco viraje y cobraba velocidad.

Una velocidad excesiva y peligrosa, teniendo en cuenta que todavía sobrevolaban los gigantescos edificios de Atlanta.

—¿Te has vuelto loco, Rory...? —exclamó la muchacha, visiblemente asustada.

—El aerotaxi, Eleyne...

—¿Cómo?

—Que es el aerotaxi quien parece haberse vuelto loco. Los mandos no me obedecen.

Eleyne Varsi entrecerró los ojos, con gesto de clara desconfianza.

—¿Pretendes hacerme creer que no has sido tú el que ha obligado al aparato a cambiar bruscamente de dirección y aumentar considerablemente su velocidad?

—¡Exacto!.

—¡Tómale el pelo a tu tía, Rory!

—Te juro que es verdad, Eleyne. Mi aerotaxi está siendo teledirigido.

—¿Por quién..?

—Eso quisiera saber yo.

—¡Basta de farsa, Rory!

—No estoy representando ninguna farsa, Eleyne, tienes que creerme.

—¡No, no te creo, Rory! ¡Todo forma parte de un plan!

—¿Plan...?

—¡Sí!

—¿Para qué?

—¡Para obligarme a caer en tus brazos!

—¡Eleyne! —se enfadó Nolan—. ¿Cómo puedes pensar que yo...?

—¡Sacarás tu aerotaxi de la ciudad y, cuando estemos lo suficientemente lejos de ella, lo posarás en cualquier lugar solitario y allí me violarás!

—¿A que te doy una bofetada?

—¡Sí, sólo falta eso, que encima me pegues, miserable!

—¡No tolero que me insultes!

—¡Reduce inmediatamente la velocidad, Rory!

—¡No puedo, maldita sea!

—¡Cambia de dirección!

—¡Imposible!

—¡Estamos dejando atrás la ciudad!

—¡Ya me he dado cuenta!

—¡Mis sospechas se confirman! ¡Quieres hacerme tuya al aire libre!

—¡Al diablo contigo, Eleyne!

—¡No sólo me violarás, sino que me harás pillar un resfriado, porque estoy segura de que me dejarás completamente desnuda!

Rory Nolan no quiso replicar esta vez.

Con los dientes rabiosamente apretados, trató de recuperar el control de su aerotaxi, porque era cierto que alguien lo estaba teledirigiendo; él no tenía absolutamente nada que ver en lo que estaba sucediendo.

Todos sus esfuerzos resultaron inútiles.

El aparato continuó alejándose de la ciudad a toda velocidad, mientras Eleyne Varsi daba gritos y profería insultos, totalmente convencida de que era Rory Nolan quien dirigía el aerotaxi.

Minutos después, sin embargo, la muchacha se daba cuenta de su error, al descubrir la extraña nave espacial que se hallaba posada en el claro de un bosque, con todas las luces apagadas.

CAPITULO III

La nave, de metal muy brillante, tenía forma de cangrejo.

Incluso tenía un par de gruesas pinzas en lo que podía considerarse como sus patas delanteras. Pinzas que se mantenían en alto, como dispuestas a atrapar algo. Los otros dos pares de patas metálicas servían exclusivamente, al parecer, para sostener la extraña y un tanto terrorífica nave.

El aerotaxi de Rory Nolan se posó suavemente sobre la tierra, a no más de diez metros de la nave espacial, y el motor dejó de funcionar, al tiempo que sus luces se apagaban.

Rory Nolan y Eleyne Varsi siguieron contemplando, boquiabiertos, la extraña nave espacial, de dimensiones no muy grandes. Como cuatro o cinco veces el aerotaxi, aproximadamente.

El aerotaxista fue el primero en hablar:

—¿Te convences ahora, Eleyne?

—¿Qué... qué está pasando, Rory...? —tartamudeó la muchacha, muy pálida.

—No lo sé, Eleyne. Pero la presencia de esa extraña nave demuestra que yo decía la verdad. No te he traído deliberadamente a este lugar... Alguien se encargó de traernos a los dos, teledirigiendo mi aerotaxi, después de bloquear los mandos.

—¿Los tripulantes de esa siniestra nave espacial?

—Seguro.

—¿Serán extraterrestres, Rory?

—Por la forma de la nave, cabe pensar que sí. En la Tierra no existen naves como ésa.

Eleyne Varsi buscó la mano de Rory Nolan y la apretó con fuerza.

—Estoy muerta de miedo, Rory.

—También yo estoy un poco asustado, lo confieso —repuso

Nolan, oprimiendo a su vez la mano femenina, fría y temblorosa.

—¿Qué va a ser de nosotros, Rory?

—No tengo ni idea, Eleyne. Los misteriosos tripulantes de esa extraña nave nos han traído hasta aquí, pero ignoro para qué. Puede que sólo, deseen vernos de cerca, estudiamos, hablarnos...

—¿Nos obligarán a subir a su nave?

—Espero que no.

—Yo sospecho que sí, Rory.

—Bueno, pues si nos obligan, subiremos.

—Yo no quiero subir a esa horrible nave, Rory. Me moriría de pánico.

—Si nos lo ordenan, no tendremos más remedio que obedecer, Eleyne.

—¡Usa el videófono del aerotaxi! ¡Pide ayuda!

—Lo intentaré, pero me temo que... —murmuró Nolan, y trató de encender la pantalla del videófono.

Insistió varias veces, pero la pantalla no se iluminó.

—¿Qué ocurre, Rory...? —preguntó Eleyne, terriblemente nerviosa.

—No funciona. Está bloqueado, como todo lo demás.

Yo ya lo sospechaba.

Un ramalazo de frío estremeció el cuerpo de Eleyne Varsi.

—No quieren que nos comuniquemos con nadie —musitó.

—No, no quieren, Eleyne. Y lo encuentro muy lógico. Si se supiera que una nave extraterrestre se halla posada en un bosque cercano a Atlanta, el Ministerio de Defensa intervendría rápidamente y los tripulantes de la extraña nave se iban a ver en serias dificultades. Es lo que tratan de evitar.

—Si sus intenciones fuesen buenas, no tendrían nada que temer.

—No tardaremos en averiguarlo. Se está abriendo una puerta...

Eleyne Varsi respingó en su asiento.

Era cierto.

Una puerta se estaba abriendo en el costado derecho de la nave.

Rory y Eleyne mantuvieron la vista fija en la puerta que se abría.

Ninguno de los dos respiraba y los latidos de sus corazones resonaban en el interior del aerotaxi.

Eleyne apretó con más fuerza la mano de Rory, hasta hacerle daño, aunque el joven no se quejó.

—A mí me va a dar algo, Rory... —gimió débilmente.

—Sé valiente, Eleyne. Si las intenciones de esos seres llegados de otro mundo son malas, te defenderé de ellos

con uñas y dientes. Para hacerte daño a ti, tendrán que acabar antes conmigo, te lo juro.

La muchacha le miró un instante, visiblemente emocionada.

—Rory...

El aerotaxista no apartó los ojos de la puerta de la nave.

Ya estaba totalmente abierta.

Una escalera mecánica surgió del mismo pie de la puerta, alargándose hasta tocar el suelo.

Rory Nolan y Eleyne Varsi pensaron que los tripu lantes de la nave espacial iban a descender de ella de un momento a otro, pero se equivocaron.

Nadie descendió por la escalera mecánica.

Eleyne, con los ojos muy abiertos, murmuró:

—¿Por qué no bajan, Rory?

—Creo saberlo, Eleyne. No han puesto la escalera para bajar ellos, sino para que subamos nosotros. Es una clara invitación para que visitemos su nave.

—Invitación que nosotros vamos a rechazar, Rory.

—Desde luego. Al igual que tú, yo no quiéro subir a esa nave extraterrestre por mi propia voluntad. Sólo subiremos si nos obligan.

—Nos obligarán, ya lo verás. De lo contrario no ten dría sentido que nos hubiesen traído hasta aquí. Quieren algo de nosotros, Rory. Y no pararán hasta conseguirlo.

—Esperemos a ver qué ocurre, Eleyne. Y no te dejes dominar por el pánico, por favor. Ya te he dicho que estoy dispuesto a dar mi vida por ti. Y no son sólo palabras, te lo aseguro.

Eleyne Varsi sonrió débilmente.

—Te lo agradezco mucho, Rory. Y te prometo que, si salimos de esto, seré mucho más complaciente contigo de lo que he sido hasta ahora.

—Hasta ahora lo has sido muy poco, tienes que reconocerlo.

—Lo sé. Y estoy arrepentida, créeme.

—Voy a ver si es verdad —sonrió Nolan, y su mano se posó sobre los tersos muslos femeninos, acariciándolos hasta muy arriba.

Eleyne no protestó ni hizo nada por detener la mano de Rory.

Este amplió su sonrisa.
—Pues sí que era verdad.
—Claro que lo era. Pero no es momento para caricias, Rory. Estamos en una situación realmente dramática. A merced totalmente de unos seres llegados de algún mundo lejano, que todavía no se han dejado ver ni nos han dicho lo que quieren de nosotros.
Rory Nolan retiró su mano de los suaves muslos femeninos.
—Tienes razón, Eleyne. Pero no te preocupes, saldremos con bien de ésta y te recordaré tu promesa.
—La cumpliré, no lo dudes.
—No lo dudo, Eleyne, no lo dudo —sonrió de nuevo Rory, y besó los sonrosados labios de la muchacha.
Justo en ese instante, las gruesas pinzas de lo que parecía ser un gigantesco cangrejo metálico cobraron vida.
Eleyne Varsi, que fue la primera en darse cuenta de ello, dio un chillido de terror.
—¡Mira, Rory!
Rory Nolan clavó sus ojos en el par de enormes pinzas metálicas.
Por un instante creyó que iban a apresar el aerotaxi, pues hacia él se dirigían, abiertas, pero las pinzas se detuvieron a un par de metros del aerotaxi.
El grueso cristal irrompible comenzó a desintegrarse, hasta desaparecer por completo en sólo unos segundos.
Eleyne Varsi dio un nuevo chillido y se abrazó a Rory Nolan.
—¡Vamos a morir, Rory!
—¡Tranquilízate, Eleyne!
—¡Esos seres de otro mundo nos van a desintegrar como al cristal del mirador!
—¡Salgamos del aerotaxi!
Rory Nolan trató de abrir la puerta, pero no lo consiguió.
Parecía atascada.
Pero no estaba atascada, sino bloqueada, como todo el aerotaxi.
—¿No puedes abrir, Rory?
—¡No, maldita sea! ¡Intentaré abrir la de ese lado!
Nolan forcejeó con la puerta de la derecha, pero tampoco pudo abrirla. Se encontraba igualmente bloqueada por los seres que tripulaban la extraña nave espacial.
—¡Es inútil, Eleyne! ¡No podemos salir del aerotaxi!

—¡Cuidado, Rory!... —chilló la joven, al ver que una de las pinzas metálicas avanzaban hacia el mirador del aerotaxi, ahora desprovisto del grueso y sólido cristal.

—¡Al asiento de atrás, rápido! —gritó Nolan.

Eleyne saltó por encima del respaldo del asiento delantero y cayó sobre el asiento trasero, siendo imitada por Rory, quien se apresuró a proteger a la muchacha con su cuerpo.

La pinza metálica se detuvo en el hueco del mirador del aerotaxi y su vértice despidió un nuevo rayo azulado, el cual alcanzó el asiento delantero.

Le ocurrió lo mismo que al cristal del mirador: se desintegró totalmente en unos pocos segundos.

El terror de Eleyne Varsi se acentuó.

—¡Estamos perdidos, Rory! ¡Es el fin!

—¡No lo creo! —respondió Nolan, aunque sin demasiada convicción.

La pinza metálica se introdujo por el mirador del aerotaxi y atrapó por la cintura al aerotaxista, al cual sacó del aparato sin causarle el menor daño.

—¡Rory...! —chilló angustiosamente Eleyne, al borde del desmayo.

Nolan pataleó en el aire y golpeó con sus puños la pinza que le tenía agarrado por la cintura.

—¡Suéltame, maldita! —rugió, al ver que no conseguía librarse de ella, sino sólo lastimarse los puños.

La pinza retrocedió unos metros, sin soltar su presa.

La otra pieza se metió por el mirador del aerotaxi y atrapó igualmente por la cintura a la aterrada Eleyne, y la sacó también del aparato volador.

La muchacha no pudo resistir más y se desvaneció.

CAPITULO IV

—¡Eleyne! —gritó Rory Nolan, al ver que la joven quedaba como muerta entre la otra pinza metálica.

Eleyne Varsi no le respondió, claro.

Ella no oía ni veía nada.

Se hallaba totalmente inconsciente.

Rory Nolan, enfurecido, siguió pataleando en el aire y propinando puñetazos a la pinza metálica.

—¡Suéltame, condenada!... ¡No tienen ningún derecho a mantenerme atrapado como si fuera un insecto! ¡Soy un ser humano!

Mientras el aerotaxista gritaba y luchaba con la gruesa pinza metálica, el vientre de la nave espacial se abrió silenciosamente.

La otra pinza, la que mantenía presa a la desvanecida Eleyne Varsi, se introdujo en el vientre de la nave y depositó a la muchacha en el suelo, muy suavemente.

A continuación, la pinza que sujetaba a Rory Nolan hizo lo propio con éste.

Apenas verse libre, el aerotaxista brincó del suelo y corrió a reunirse con Eleyne Varsi, junto a la cual se arrodilló.

—¡Eleyne! —la llamó, levantándole la cabeza con una mano y palmeándole las mejillas con la otra.

Mientras Rory trataba de reanimar a la muchacha, las pinzas metálicas se salieron del vientre de la nave, que seguidamente se cerró, tan silenciosamente como se había abierto.

Eleyne Varsi volvió en sí.

Al no ver las enormes pinzas metálicas exhaló un hondo suspiro de alivio.

—¿Qué ha pasado, Rory?

—Estamos en la nave extraterrestre, Eleyne.

La joven se estremeció, pese a que ya adivinaba que se hallaban a bordo de la nave alienígena.

—Te dije que nos obligarían a subir, Rory.

—También dijiste que íbamos a morir desintegrados y seguimos vivos y con todo perfectamente sólido.

—¿Es necesario que me oprimas un seno, para demostrármelo?

Nolan sonrió, sin retirar su mano del pecho izquierdo de la muchacha, cuya consistencia le maravillaba.

—No es necesario, pero tenía tantas ganas de sentir bajo mis dedos uno de tus hermosos senos...

—No te aproveches de la situación, Rory.

—Me diste permiso, ¿recuerdas?

—Para cuando saliésemos de esto.

—Sí, pero yo, por si acaso no salimos...

Eleyne Varsi volvió a estremecerse.

—No me asustes, Rory, que bastante asustada estoy ya.

—No era ésa mi intención, Eleyne. Sólo trataba de justificar los apretoncitos que te estoy dando en el seno.

Yo sigo confiando en que saldremos con bien de ésta.

Y tú debes confiar también.

—Soy menos optimista que tú, Rory.

—Hasta el momento presente, los tripulantes de esta nave no nos han hecho ningún daño. Es cierto que nos han obligado a subir a ella, atrapándonos con las pinzas metálicas, pero sin causarnos el más leve rasguño. Es por eso por lo que pienso que...

—¿Has visto ya a alguno de esos seres, Rory?

—No, todavía no. El vientre de la nave se abrió y las pinzas metálicas nos metieron a los dos en ella. Después, el suelo se cerró y quedamos encerrados en esta especie de compartimento de carga, totalmente vacío.

Eleyne Varsi, sentada en el suelo, desparramó su mirada por la extraña estancia, de forma rectangular y paredes metálicas. En el techo, más bien bajo, había un disco que despedía una luz rojiza y suave, tremendamente exótica.

—No veo ninguna puerta, Rory... —observó.

—Tampoco yo. Pero la hay, no lo dudes.

Eleyne iba a decir algo, cuando se escuchó un ruido fuerte, poderoso, casi ensordecedor.

—¿Qué es eso, Rory...? —exclamó asustada.

—Los motores de la nave, supongo —adivinó Nolan.

La muchacha dio un respingo.

—¡Nos estamos elevando, Rory!

—Sí, la nave ha despegado.

—¡Se nos llevan de la Tierra!

—Si es así, confío que nos devuelvan pronto. Yo no quiero vivir en más mundo que éste. Admito que tiene sus defectos, pero a mí me gusta y no permitiré que me arranquen de él.

—¡No podrás impedirlo, Rory!

—Ya veremos si puedo impedirlo o no puedo. En cuan to alguno de los tripulantes de esta nave se deje ver, le voy a decir cuatro cosas bien dichas.

—¡Seguro que no las entiende!

—Ya me las arreglaré yo para hacerme entender, no te preocupes.

—Parece que el ruido de los motores ya no es tan fuerte…

—Es verdad, ha decrecido bastante.

—Si hubiera algún mirador, podríamos saber adonde nos llevan. Pero no hay ninguno.

—No, no lo hay.

Eleyne Varsi se abrazó a Rory Nolan.

—¿No será todo una pesadilla, Rory?

—Me temo que no, Eleyne. Todo lo que nos está ocurriendo es real. La teledirección de mi aerotaxi, la extraña nave espacial, las pinzas metálicas…

—Yo no pierdo la esperanza de despertarme de un momento a otro y encontrarme en mi cama, en camisón. —Si durmieras conmigo, lo harías sin camisón.

—Tú siempre pensando en lo mismo, Rory.

—Siempre pensando en ti, que no es igual.

—Sólo piensas en mi cuerpo, confiésalo.

—¿Crees que no tengo sentimientos, Eleyne?

—Sí, sé que los tienes. Pero a mí sueles hablarme pocas veces con el corazón, siempre lo haces con el cerebro. Te gusta mi cuerpo y deseas hacerlo tuyo, sin pararte a pensar en más. Es lo que me irrita de ti, Rory. Si me hubieras dicho, aunque sólo hubiese sido una vez, que me quieres…

Nolan le acarició el cabello.

—Creo que estoy empezando a quererte, ¿sabes?

—¿Lo dices de veras?

—¿Por qué razón iba a mentirte?

—Para complacerme, tal vez.

—No, Eleyne. Es cierto que estoy empezando a quererte, que siento por ti algo que hasta ahora no había sentido por ninguna mujer. Porque yo nunca he estado enamorado, ¿sabes? Es la primera vez que me ocurre. Y me gusta estar enamorado, créeme.

Los ojos de Eleyne Varsi brillaron de emoción.

—Rory…

—No me crees, ¿verdad?

—Sí, creo que eres sincero.

—Lo soy, no lo dudes. Cuando te vi atrapada por la pinza metálica, como muerta, me di cuenta de lo mucho que significas para mí.

—A mí me sucedió lo mismo, Rory.

—¿De veras?

—Sí, pensé que la pinza iba a partirte en dos.

—¿Con cuál de las dos mitades te hubieras quedado?

—No seas macabro, Rory.

—Contesta, siento curiosidad por saberlo.

—Te quiero todo entero, no partido por la mitad.

—¿Quieres que te diga con cuál de tus dos mitades me quedaría yo?

—No es necesario, ya lo sé.

—¿Estás segura?

—Con la de abajo. Es donde tengo lo que más te interesa de mí.

Rory Nolan rió.

—Estás equivocada, Eleyne. Me quedaría con la parte de arriba.

—No puedo creer que te atraigan más mis pechos que mi sexo.

—No estaba pensando en tus pechos, sino en tu rostro.

—¿Es lo que más te gusta de mí?

—Si.

—Tal vez sea porque todavía no has tenido ocasión de verme completamente desnuda.

—Espero verte muy pronto, pero no cambiaré de opinión, ya lo verás.

—Me complacería mucho que así fuera, Rory.

—¿Te apetece un beso, Eleyne?

—Todos los que quieras darme.

—Van a ser muchos, te lo advierto.

—Mejor. Mientras nos besamos no pensaremos en i la situación tan peliaguda en que nos encontramos, y de la que ya veremos si salimos.

Rory Nolan se dijo que Eleyne Varsi tenía razón, y no tardó más que dos segundos en unir su boca a la de ella.

* * *

Mientras Rory y Eleyne se besaban una y otra vez, al tiempo que se acariciaban mutuamente, la nave extra terrestre surcaba el espacio a gran velocidad, en busca de la gigantesca y poderosa astronave de la cual partiera apenas un par de horas antes, con la

misión de capturar una pareja de seres terrestres, jóvenes y sanos.

La misión había sido llevada a cabo con éxito.

Rory Nolan y Eleyne Varsi habían sido la pareja elegida.

A ellos les había tocado la china.

CAPITULO V

La colosal astronave extraterrestre giraba en tomo a la Tierra en una órbita artificial de algo más de cien mil kilómetros, con todas las luces apagadas.

La nave que tenía forma de cangrejo no tardó en alcanzarla.

El gigantesco hangar de la astronave alienígena se abrió y la pequeña nave se introdujo en él.

En el compartimento de carga de la nave que les había capturado, Rory Nolan y Eleyne Varsi seguían el uno en brazos del otro, besándose y acariciándose, sentados en el suelo.

De pronto, el aerotaxista estiró el cuello y dijo:

—Ya no se oyen los motores de la nave.

—Sí, es verdad —respondió la muchacha.

—Nos hemos detenido, Eleyne.

—¿Habremos llegado a nuestro destino, Rory?

—No lo sé. Pero, si hemos salido de la Tierra, tenemos que hallarnos forzosamente cerca de ella. Ha pasado muy poco tiempo desde que los motores de la nave entraron en funcionamiento, y por muy veloz que ésta sea, no puede haber ido muy lejos.

—Presiento que de un momento a otro vamos a conocer a los seres que nos han apresado, Rory.

—Yo también.

—El pánico se apodera nuevamente de mí.

Nolan la abrazó tiernamente.

—Serénate, Eleyne. Vivimos y estamos juntos. Y no dejaré que nos separen. Quien lo intente, conocerá la dureza de mis puños. ¿No te he dicho nunca que parto cocos con ellos de un solo golpe?

Eleyne Varsi sonrió.

—No, no lo sabía.

—Pues es cierto. Tengo unas manos muy fuertes.

—Me di cuenta cuando oprimías mis pechos.

—¿Te hice daño, Eleyne?

—No, tranquilízate. Me causaste un gran placer.

—¡Cómo me alegra saberlo! —sonrió Rory, y se dispuso a besar nuevamente los labios de la muchacha, cuyos senos buscó con su mano.

En aquel preciso instante, sin embargo, se escuchó un leve ruido.

Rory y Eleyne miraron hacia la pared que se hallaba más distante de ellos.

¡Se estaba desplazando hacia su derecha, toda entera!

¡Aquella pared servia de puerta!

Eleyne Varsi se apretó contra Rory Nolan.

—¡Vienen por nosotros, Rory! —gimió atemorizada.

—Pongámonos en pie, Eleyne —indicó el aerotaxista, sin perder la serenidad.

Se irguió y ayudó a la muchacha a incorporarse, protegiéndola seguidamente con su cuerpo.

—No te muevas de detrás de mí, Eleyne, pase lo que pase.

—Se me doblan las rodillas, Rory. Las noto como de mantequilla.

—Es a causa del miedo. Procura dominarlo o te desplomarás.

—Lo intento, pero...

—Ahí los tenemos, Eleyne.

Era cierto.

Los seres de otro mundo estaban entrando en el compartimento de carga.

Eran seis, exactamente.

Seres pequeños, pues no medirían más allá del metro treinta de estatura, de complexión delgada. Tenían dos brazos y dos piernas, como los seres terrestres, pero su aspecto era ciertamente horroroso, porque tenían la cabeza apepinada, totalmente desprovista de pelo, y disponían de un solo ojo, redondo y salido, excesivamente grande para el tamaño de su cabeza.

Su boca, aunque pequeña, también era muy fea, como de pez, y en vez de orejas tenían un par de antenas, de unos doce centímetros de longitud, delgadas y vibrantes, rematadas por sendas bolas del tamaño de una cereza.

El color de su piel, además, tenía un tinte verdoso, que contrastaba fuertemente con las múltiples, venillas rojas que

surcaban su epidermis.

Los horribles hombrecillos se cubrían con sendos trajes plateados, de una sola pieza, y calzaban cortas botas doradas, muy brillantes. De sus cintos, igualmente dorados, pendían algunos extraños objetos.

Todos los seres esgrimían en sus diestras un objeto que semejaba una lámpara eléctrica, pero Rory Nolan supo adivinar que se trataba de un tipo de arma totalmente desconocido en la Tierra.

Eleyne Varsi, horrorizada por el aspecto de los pequeños extraterrestres, se aferró a la cintura del aero— taxista.

—¡Son espantosos, Rory!

—Cálmate, Eleyne.

—¡Sólo tienen un ojo, grande y horrible! ¡Y la piel verde! ¡No tienen orejas! ¡Y tienen boca de trucha!

—Eleyne, por favor. No debemos dejarnos impresionar por su feo aspecto. No nos conviene, ¿entiendes?

—Puede que tengas razón, pero yo ya no puedo estar más impresionada de lo que estoy. Son seres de pesadilla, Rory. Pequeños, pero alucinantes. Si no me des mayo será más que milagro.

—Desmáyate y te ganarás un par de bofetadas.

—¿Quién me las daría?

—Yo.

—¿Serías capaz...?

—Procura no desmayarte o lo comprobarás.

—Seguiré consciente, Rory, que tú tienes la mano muy dura.

Nolan sonrió.

—Así me gusta, preciosa.

—Para preciosos, esos seis.

—Son feos, pero parecen inofensivos. Se han quedado quietos y sólo hacen que mirarnos.

—Pero cómo nos miran, Rory...

—¿Entenderán lo que decimos?

—Seguro que no.

—Trataré de comunicarme con ellos.

—Ten cuidado, Rory. A mí no me parecen tan inofensivos como a ti. Esos objetos cilindricos que tienen en las manos...

—Parecen pequeñas linternas.

—Te apuesto lo que quieras a que hacen algo más que iluminar.

—Son armas, ya lo sé. Pero no las usarán contra nosotros, si no les damos motivo.

—Esperemos que no, Rory.

Nolan alzó su mano derecha, en son de paz, y exhibió la más cordial de las sonrisas.

—¿Qué tal, amigos? ¿Entendéis la lengua terrestre o preferís que os hable por señas?

Los seis alienígenas continuaron inmóviles y callados.

—Nos disteis un buen susto con las pinzas metálicas, ¿sabéis? Y tampoco estuvo bien que desintegrarais el cristal del mirador de mi aerotaxi y el asiento delantero. Tengo el aparato asegurado a todo riesgo, pero ése no es el caso. ¿Por qué bloqueasteis los mandos de mi aerotaxi y lo dirigisteis hacia donde se hallaba posada vuestra nave? ¿Qué queréis de nosotros? ¿Dónde nos encontramos exactamente en este momento? ¿En otro lugar de la Tierra, lejos de Atlanta? ¿En el espacio sideral? ¿Cuánto tiempo nos vais a tener cautivos?

—Toda la vida —respondió el nuevo personaje que acababa de surgir en, el hueco que había dejado la pared metálica al desplazarse hacia su derecha.

CAPITULO VI

Rory Nolan y Eleyne Varsi clavaron sus ojos en el ser que había hablado en correcta lengua terrestre.

Era un hombre muy alto, pues rozaría los dos metros de estatura, de robusta complexión y facciones agradables, pese a que en lo alto de su rapada cabeza tenía una especie de cresta, muy roja, así como detrás de las orejas y en el dorso de las manos.

Si se exceptuaba esto, la apariencia del atlético ser de otro mundo era totalmente terrestre, pues incluso el color de su piel era rosado.

Se cubría con una holgada camisa azul brillante y un pantalón dorado, muy ajustado. Las botas, muy altas, eran azules, como la camisa. De su cuello pendía un extraño objeto en forma de lágrima, que despedía continuos destellos. En cada uno de los dedos de sus manos, largos y fuertes, lucía un grueso sortijón de oro con diamantes engastados.

Después de escrutarle con detenimiento, Rory Nolan preguntó:

—¿Quién es usted?

—Mi nombre es Altor —respondió el alienígena.

—¿De dónde procede, Altor?

—De Silanio, un planeta muy lejano, cien veces mayor que la Tierra.

—¿Cómo es que habla nuestra lengua a la perfección?

—Poseo una mente privilegiada y en sólo imas horas puedo

aprender cualquier idioma, por extraño y complicado que sea —aseguró, con una gran dosis de presunción, el extraterrestre.

—Le felicito, Altor.

—Gracias, Rory.

—Oh, ya veo que conoce mi nombre...

—¡Naturalmente. Y también el de tu bella amiga. Se llama Eleyne.

—Sí, así se llama.

—Escuché todo lo que hablasteis desde el momento en que tu aerotaxi, Rory, fue controlado por los kuyos.

—¿Kuyos...?

—Sí, así se llaman estos pequeños y feos seres que tengo a mi servicio —explicó Altor, mirando con cierto desprecio a la media docena de hombrecillos.

Nolan emitió un carraspeo.

—Altor...

—¿Sí, Rory?

—Cuando usted apareció, creí oírle decir que nos iba a tener cautivos toda la vida...

—Oíste bien, terrestre —respondió el habitante de Silanio, sonriendo.

—¿Puedo preguntarle por qué desea tenernos cautivos a Eleyne y a mí?

—Soy un tipo muy caprichoso, Rory. Me aburría so beranamente en Silanio y un buen día se me ocurrid lanzarme al espacio con una astronave grande y poderosa, capaz de alcanzar hasta el último confín del Universo. Se me había metido en la cabeza formar una extensa colección de seres humanos, y ya he conseguido reunir casi cincuenta parejas de seres distintos. Cuando descubrimos un planeta habitado por seres inteligentes, mando una pequeña nave, tripulada por media docena de kuyos, con la misión de capturar una pareja de seres, jóvenes y sanos, y traerlos a mi astronave. Una vez aquí son instalados en un habitáculo de paredes transparentes, el cual no pueden abandonar sin mi permiso. En dicho habitáculo viven y se reproducen con toda normalidad. Muchas de las parejas cautivas han tenido ya descendencia. Y espero que vosotros también la tengáis muy pronto.

—No tan pronto, Altor. Hacen falta nueve meses para que nazca

un bebé. Y eso en el caso de que la mujer quede embarazada a las primeras de cambio, porque si no la cosa se alarga mucho más.

El ser de Silanio rió.

—No me has dicho nada que yo no supiera ya, Rory. Para mí nueve meses es un período de tiempo relativamente corto. En cuanto a lo de que las mujeres terrestres queden embarazadas más pronto o más tarde, es problema vuestro. Un problema que debéis resolver de una manera satisfactoria y en un tiempo que yo considere normal. Si pasado ese tiempo Eleyne no ha quedado embarazada, moriréis los dos. No quiero parejas de seres estériles en mi colección.

Sendos escalofríos estremecieron tos cuerpos de Rory

Nolan y Eleyne Varsi.

—No tiene ningún derecho a disponer de nuestras vidas, Altor —replicó el aerotaxista.

—Ya sé que no, pero lo hago. Y nada ni nadie podrá impedírmelo —sonrió presuntuosamente el habitante de Silanio.

—No esté tan seguro, Altor.

—¿Me amenazas, terrestre?

—Tómelo como quiera.

—No te conviene plantarme cara, Rory. Si te lo tomo en cuenta, ordenaré a los kuyos que te castiguen. Y pasarás un mal rato, te lo aseguro.

—Lo estoy pasando ya, con su sola presencia.

—¿Te refieres a los kuyos?

—Me refiero a usted.

Altor atirantó los músculos faciales.

También la roja cresta que adornaba su pelado cráneo pareció atirantarse. Y las que tenía detrás de las orejas.

—Eso es un insulto a mi persona, terrestre. Un grave insulto —masculló, con ronca voz.

—Está usted loco, Altor.

—¿Loco...?

—Sí, loco de remate. Sólo así se explica que le haya dado por coleccionar seres humanos, como si fueran sellos, vitolas de puro o monedas antiguas. Y lo que es peor: que mate a todas aquellas parejas que, por un motivo u otro, no puedan tener descendencia. Si lo primero es una barbaridad, lo segundo no admite calificativo. Podría llamarlo monstruosidad, pero la expresión se me antoja

demasiado suave.

La cara de Altor estaba ahora casi tan roja como su cresta y sus ojos despedían fuego.

—Vas a pagar muy caras tus palabras, terrestre.

—No lo creo, llevo muy poco dinero encima.

—¿Cómo?

—Era un chiste, Altor. ¿No lo has pillado, con lo inteligente que tú eres? Bueno, que dices que eres, que no es lo mismo —sonrió burlonamente Nolan.

El coleccionista de seres estaba a punto de estallar de cólera.

—¡Te estás mofando de mí, terrestre!

—Vaya, de eso sí te has dado cuenta.

—¡Vas a sufrir un castigo terrible!

—Los kuyos se encargarán de infligírmelo, ¿no?

—¡Sí, ellos!

—¿Por qué no me castigas personalmente, Altor? Tengo un buen par de puños, y me encantaría hacértelos probar.

El habitante de Silanio sonrió fieramente.

—Tienes ganas de pelea, ¿eh, Rory?

—Muchas.

—¡Pues te voy a complacer!

—Muy agradecido.

—¡Si crees que vas a poder conmigo, estás equivocado! ¡Soy un maestro de las artes marciales!

—Salta a la vista que eres un gallo de pelea, Altor. Por la cresta, lo digo. Pero yo te la voy a arrancar como te descuides un poco.

El coleccionista de seres volvió a despedir fuego por los ojos.

—¡Preparado, terrestre! ¡Voy a saltar sobre ti!

—Cuidado, no me pises. Tengo un par de callos en cada pie.

—¡No te lo tomes a broma, Rory! —suplicó Eleyne Varsi, muy asustada por la talla y corpulencia de Altor.

Nolan la miró por encima del hombro y sonrió.

—Tranquila, Eleyne. Con ese fantoche no tengo ni para empezar.

—¡Es muy alto y muy fuerte! ¡Y un maestro de las artes marciales!

—Eso es lo que dice él para impresionarme. Te apuesto lo que quieras a que no pasa de ser un párvulo.

—¡No te confíes, Rory!
—Retrocede y quédate pegada a la pared, Eleyne, no sea que se pierda alguna «piña» y la recibas tú.
La muchacha obedeció.
Altor, que sin duda estaba esperando eso, que Eleyne se separara de Rory, para iniciar la pelea, lanzó un fiero grito y saltó espectacularmente sobre el terrestre, cuyo pecho trató de golpear con su pie derecho, que era el que llevaba por delante.
Rory saltó hacia su izquierda, con envidiable agilidad, y la bota del habitante de Silanio sólo encontró el vacío.
Fue morrocotudo.
El batacazo que se pegó Altor, naturalmente.
Poco faltó para que hiciera un agujero en el suelo.
Si no llega a ser de duro metal...
Rory Nolan rió burlonámente.
—¿No te lo dije, Eleyne? No deja de ser un vulgar parvulito de las artes marciales.
La muchacha, visiblemente preocupada, no dijo nada.
Altor sí dijo algo, pero como lo dijo en su lengua, Rory y Eleyne no le entendieron.
Por su expresión, sin embargo, se adivinaba que era un taco.
—Eso lo será tu padre —dijo Rory, por si acaso.
Altor brincó del suelo, hecho una furia.
—¡Te voy a hacer pedazos, terrestre!
—Estás anticuado, Altor. Esa frase ya no se usa... Ahora se dice: «Voy a hacer de ti un rompecabezas. »
—¡Maldito...! —barbotó el coleccionista de seres, y atacó de nuevo a Rory Nolan.
Esta vez, sin embargo, no lo hizo con el pie, sino con el filo de su mano diestra, buscando el cuello del terrestre.
Rory se ladeó velozmente, sin despegar los pies del suelo, y el hachazo de Altor sólo le hizo aire en el hombro derecho, al que ni siquiera llegó a tocar.
Antes de que el habitante de Silanio enmendara su nuevo fallo, Rory le hundió el puño zurdo en el hígado, arrancándole un bramido de dolor.
El extraterrestre se encogió mucho, como era de esperar.
Rory Nolan lo desencogió con un magnífico gancho de derecha y,

acto seguido, le soltó un soberbio trallazo con la zurda.

La mandíbula de Altor crujió lastimosamente y el alienígena dio con sus huesos en el suelo por segunda vez.

En esta ocasión no se levantó con tanta rapidez.

Los tres duros y precisos puñetazos de Rory le habían restado fuerza y agilidad.

—Ánimo, «maestro», que la clase no ha hecho más que empezar —dijo el aerotaxista, burlón.

Altor escupió algo en su lengua, al tiempo que se incorporaba con pesadez.

—Tú el doble —dijo Rory, porque estaba muy claro que era otro taco.

Altor, ciego de ira, volvió a la carga.

Hizo un amago para engañar al terrestre, pero fracasó tan rotundamente como en los dos ataques anteriores, porque Rory no picó y esquivó el golpe, respondiendo con un mazazo al plexo solar.

Alcor quedó momentáneamente sin respiración.

Un segundo después, casi se quedaba sin dientes.

Sí, porque Rory le estrelló el otro puño en la quijada.

Fue una auténtica coz, que hizo que el habitante de

Silanio le temblara iodo, pero más que nada la cresta, mientras reculaba con muchas prisas.

Cayó al suelo, claro, donde quedó boca arriba, sin fuerzas ni deseos de levantarse de nuevo. La vista se le había nublado y por la comisura de la boca le resbalaba la sangre, muy roja.

—¿El «maestro» tiene bastante, o quiere más? —preguntó Rory Nolan, que se estaba lamiendo los nudillos del puño diestro, ligeramente despellejados.

Altor levantó la cabeza y le miró.

Lo vio borroso.

Y hasta le pareció que venía hacia él, dispuesto a levantarle, agarrándolo de la cresta, para seguir sacudiéndole.

El coleccionista de seres se asustó y comenzó a dar gritos en su lengua.

Rory Nolan pensó que se trataba nuevamente de tacos, pero se equivocó.

Altor estaba dando órdenes a la media docena de kuyos.

Y los kuyos entraron en acción.

CAPITULO VII

—¡Cuidado, Rory...! —gritó Eleyne Varsi, al ver que los seis pequeños seres de piel verdosa, cabeza apepina da, un solo ojo y boca de pez, apuntaban al aerotaxista con sus extrañas armas, aquellos objetos cilindricos que semejaban pequeñas lámparas eléctricas.

Rory Nolan, poniendo de manifiesto sus grandes reflejos, dio un fantástico salto y cayó sobre la media docena de kuyos, derribándolos a todos.

Ninguno de los horribles hombrecillos tuvo tiempo de utilizar su arma.

Altor, furioso, siguió dando gritos en lengua silaniana, sin levantarse del suelo, porque todavía no se encontraba con fuerzas para intentarlo.

Quien sí se levantó, y con mucha rapidez, fue Rory Nolan.

Tan pronto como estuvo en pie, se puso a repartir.

Y no saludos, precisamente.

Eran puñetazos lo que repartía.

Y algún que otro patadón.

Todos fueron para los kuyos, que por cierto tenían una carne muy blanda.

Y lo mismo sucedía con sus huesos.

Rory le propinó un mazazo a uno de los kuyos, en la cima de su apepinada cabeza, y ésta se acható de manera sorprendente.

El pequeño y verdoso ser puso en blanco su único ojo y se desplomó como una cosa muerta.

Rory Nolan consiguió dejar fuera de combate a otros tres kuyos.

Fue entonces cuando uno de los dos kuyos que seguían en condiciones de luchar, disparó su arma.

De lo que parecía una pequeña linterna eléctrica brotó un rayo azulado, que alcanzó en el pecho al bravo terrestre.

Rory Nolan dio un aullido y todo su cuerpo comenzó a vibrar,

como si estuviera recibiendo una descarga eléctrica.

—¡Rory!... —chilló Eleyne Varsi, horrorizada.

Los efectos del poderoso rayo cesaron y el aerotaxista se derrumbó, falto de fuerzas y sintiendo un agudo dolor en cada una de sus huesos, en cada uno de sus músculos, en cada una de sus articulaciones.

Al ver desplomarse al terrestre, Altor lanzó un grito de alegría y ordenó a los dos kuyos que seguían conscientes que disparasen de nuevo sobre Rory Nolan, para que éste sufriera más, mucho más de lo que estaba sufriendo en aquellos momentos, que no era poco.

Los dos hombrecillos accionaron sus armas casi al mismo tiempo.

Rory Nolan bramó como un animal al que estuviesen asando a fuego lento, mientras todo su cuerpo temblaba de nuevo.

Eleyne Varsi no pudo continuar quieta, viendo cómo

la pareja de kuyos, cumpliendo las órdenes de Altor, hacía sufrir horriblemente al aerotaxista.

Sin pensar en las consecuencias que ello podía traer, la muchacha se lanzó valientemente sobre los dos kuyos, consiguiendo arrollarlos a ambos.

—¡Yo os daré a vosotros, malditos! —rugió, y le arreó un formidable puñetazo a uno de ellos, en todo el ojo.

El kuyo aulló y perdió su arma.

El otro kuyo quiso hacer uso de la suya, pero Eleyne, que estaba lanzada, le atizó con el puño en la boca.

Fue otro formidable castañazo, que tiró de espaldas al pequeño y verdoso ser, al tiempo que le arrancaba un aullido de dolor.

Desgraciadamente, la valerosa intervención de Eleyne Varsi no sirvió de nada, porque Altor, que ya se había incorporado, recogió del suelo una de las pequeñas armas de los kuyos y apuntó con ella a la muchacha.

Eleyne, pendiente de la pareja de kuyos, no se dio cuenta del peligro que corría.

Altor hizo uso del arma y el rayo azulado dio en la espalda de la mujer terrestre, sobre la ancha franja de carne que la pieza superior del vestido dejaba al descubierto.

El alarido que brotó de la garganta de Eleyne Varsi fue realmente ensordecedor. Su cuerpo tembló durante unos pocos segundos y luego se desmoronó.

El cruel Altor no le concedió tregua.

Ni a ella ni a Rory Nolan.

Disparó sobre los dos.

Varias veces.

Rory y Eleyne se retorcieron de dolor, entre estremecedores aullidos, pero esto no ablandó el duro corazón del habitante de Silanio, que siguió martirizándoles a los dos hasta que perdieron el conocimiento.

* * *

Rory Nolan fue el primero en volver en sí.

Sus ojos, al abrirse, descubrieron el transparente techo del habitáculo en el que, si no ocurría un milagro, Eleyne Varsi y él estaban condenados a vivir.

A vivir... y a reproducirse, porque si no tenían descendencia en un determinado plazo de tiempo, Altor les mataría a los dos; lo había dicho muy claro.

Rory trató de incorporarse, pero, apenas se movió, sintió como si le clavasen mil agujas en el cuerpo y no pudo reprimir un grito de dolor.

No tuvo más remedio que desistir de levantarse, por el momento.

Le dolía demasiado todo.

Muy lentamente, Rory movió su cabeza hacia la derecha.

Descubrió a Eleyne.

La muchacha yacía junto a él, en el suelo del habitáculo, inconsciente.

Rory apenas le prestó atención, porque sus ojos se clavaron inmediatamente en la pared del habitáculo, asimismo transparente.

Los habitáculos se hallaban pegados unos a otros y divididos por las transparentes paredes, de manera que la pareja de seres encerrada en uno de ellos podía ver y ser vista por las parejas que ocupaban los habitáculos contiguos.

Y esto era lo que estaba haciendo Rory Nolan, observar a la pareja de seres que habían sido instalados en el habitáculo de la derecha.

Ellos le observaban a su vez, desde muy cerca de la transparente pared, con ojos tristes, apagados, sin brillo.

Se diferenciaban bastante de los seres terrestres, pero su aspecto no era tan horrible como el de los verdosos kuyos, ni mucho menos.

Lo que más llamó la atención de Rory fue que ambos seres se hallaban totalmente desnudos, lo cual no parecía importarles en absoluto: ni el varón se cubría lo que tenía de hombre, ni la hembra lo que tenía de mujer.

Después de observar largamente a la pareja de seres, Rory Nolan movió la cabeza hacia el otro lado.

Como esta vez se olvidó de hacerlo con lentitud, sintió un terrible aguijonazo en el cerebro y dio un grito, al tiempo que cerraba los ojos apretadamente.

Cuando los abrió de nuevo, descubrió a la pareja de seres que ocupaban el habitáculo de la izquierda.

Casi se le escapa un grito de horror.

Y no era para menos.

Aquellos dos seres tenían aspecto de lagarto.

¡Eran realmente monstruosos!

Comparados con ellos, los lacayos eran unos seres guapísimos.

Cuando se despertase Eleyne y les viera...

A lo mejor se desmayaba de nuevo.

Como la visión era tan poco agradable, Rory Nolan volvió a mirar hacia el techo.

Con mucho cuidado, empezó a incorporarse.

Sintió algunos pinchazos, distribuidos por todo el cuerpo, pero mucho más leves y por tanto mucho menos dolorosos que los que sintiera la primera vez que intentó levantarse.

Rory quedó sentado en el suelo.

Mirando al frente.

Y es que allí había una segunda hilera de habitáculos transparentes, ocupados todos ellos por distintas parejas de seres.

¡Y qué seres...!

Los había para todos los gustos.

La mayoría de ellos, sin embargo, eran ciertamente horrorosos.

Aunque todos tenían algo en común: una total y absoluta falta de vestimenta.

La desnudez era general.

Y nadie parecía darle la menor importancia.

Rory se miró y miró también a Eleyne.

No, ellos no estaban desnudos.

Conservaban sus ropas.

¿Por cuánto tiempo…?

Rory sospechaba que no sería por mucho, porque si todos los demás seres que formaban la colección del loco Altor se hallaban en cueros, ellos no iban a ser la excepción.

Un débil gemido interrumpió los pensamientos del aerotaxista.

Lo había emitido Eleyne Varsi.

La muchacha estaba volviendo en sí.

Rory le acarició suavemente el rostro, falto de color.

—Eleyne…

Ella despegó los labios.

—Rory… —musitó.

—Quieta, no te muevas. Sentirías un terrible dolor en todo el cuerpo. Son los efectos de los rayos azulados que lanzan las pequeñas armas de los kuyos. Cuando quieras incorporarte, hazlo muy lentamente. Así el dolor será mínimo.

Eleyne Varsi observó el techo.

—¿Dónde estamos, Rory?

—Encerrados en el habitáculo que nos tiene reservado ese hijo de perra de Altor. Hay muchos. Cada uno de ellos ocupado por una pareja de seres. Todos están desnudos. Y los hay que son realmente espantosos.

La muchacha se estremeció.

—Quiero verlos, Rory.

—Te ayudaré a incorporarte.

Con gran cuidado, Eleyne irguió el torso.

Al observar a las numerosas parejas de seres que ocupaban los otros habitáculos, la muchacha dio un chillido de horror.

Y ocurrió lo que Rory Nolan temía que sucediera: Eleyne Varsi se desvaneció de nuevo.

CAPITULO VIII

Rory Nolan no hizo nada por reanimar a Eleyne Varsi.

Mejor que continuara desvanecida.

Cuanto más tiempo permaneciera inmóvil, menos acusaría los efectos de los rayos azulados al despertarse.

Rory, muy lentamente, se puso en pie.

Lo primero que hizo fue tratar de abrir la puerta del habitáculo.

No pudo, cosa que ya esperaba.

El aerotaxista recorrió el habitáculo.

Aunque de reducidas dimensiones, era cómodo y disponía de

todo lo necesario para llevar una vida normal en su interior.

En el cuarto de baño había una bañera redonda, con ducha, un lavabo, un inodoro, un espejo... A la derecha estaba lo que podía considerarse el dormitorio, pues se veía una cama muy baja, que se adivinaba mullida, con varios almohadones de vivos colores esparcidos por su alrededor.

Delante del cuarto de baño y el dormitorio, estaba la estancia en cuyo suelo despertaran Rory y Eleyne, y que podía tomarse como el comedor y sala de estar, pues disponía de una mesa, de patas muy cortas, un par de sillones y un sofá.

En uno de los ángulos de la estancia, sobre una repisa, descansaba una especie de televisor, cuya pantalla, de forma oval, permanecía apagada.

Rory se dijo que Eleyne descansaría mejor en la cama que en el suelo, pese a que éste se hallaba alfombrado, así que tomó a la muchacha en brazos y la depositó suavemente sobre la blanda cama.

Los seres que ocupaban los habitáculos contiguos y los de enfrente no dejaban de observar con curiosidad a la pareja de terrestres.

Para Rory, el que los habitáculos fuesen totalmente transparentes suponía un serio problema.

Y también lo sería para Eleyne.

Tendrían que hacerlo todo a la vista de las otras parejas de seres.

Comer, dormir, bañarse...

Y el amor, si es que se decidían a hacerlo.

¿Qué pensaría Eleyne, con respecto a esto último?

Rory no tenía ni idea, porque no habían tenido ocasión de hablar de ello.

En cuanto Eleyne se despertara se lo preguntaría.

* * *

Eleyne Varsi tardó casi media hora en volver en sí

Rory Nolan se había echado en la cama, junto a la muchacha, pero no se había dormido.

Al ver que la joven abría los ojos, le pasó el brazo por el pecho, por si a ella le daba por incorporarse con brusquedad y veía todas las estrellas del firmamento, a causa de los múltiples y dolorosos

aguijonazos.

—¡Rory! —exclamó Eleyne muy asustada, pues recordaba el horroroso aspecto de la mayoría de los seres que Altor mantenía cautivos en los habitáculos.

Nolan le dio un cariñoso beso en la mejilla.

—Tranquilízate, Eleyne.

—¡Hay seres realmente monstruosos en la colección de Altor!

—Te lo advertí, ¿recuerdas?. Pero tú te empeñaste en verlos... y te desmayaste.

—No pensé que fueran tan horribles.

—Bueno, a nosotros nos lo parecen. Y seguramente nosotros les pareceremos horribles a ellos.

—¿Por qué están todos desnudos, Rory?

Sospecho que Altor ordenó a los kuyos que les dejaran sin ropa, para poder estudiarlos mejor.

—¿Nos dejarán a nosotros sin ropa también?

—Es posible.

—¡Qué vergüenza, Rory!

—No le des más importancia de la que tiene, Eleyne.

—¡Es que tiene mucha!

—A mí me preocupan otras cosas.

—¿Qué cosas?

—Altor quiere que tengamos descendencia, ¿recuerdas?

Eleyne Varsi se ruborizó.

—Está como una cabra, el pobre.

—Estará todo lo loco que tú quieras, pero nos tiene en su poder. Si no hacemos lo que quiere...

—Me niego rotundamente a hacer el amor contigo en este habitáculo, a la vista de todos los demás seres cautivos. ¡Me moriría de vergüenza, Rory!

—Bueno, también para mí sería ciertamente embarazoso, porque nunca he hecho el amor en público, pero...

—¿Serías capaz de poseerme así, delante de todos?

—Me temo que no tendré más remedio que hacerlo,

Elyne.

—¡No, no lo harás, porque yo no lo consentiré!

—Escúchame, Eleyne...

—¡No quiero escucharte, Rory! ¡Si quieres hacer el amor

conmigo, tendrás que forzarme a ello! ¡Violarme, es la expresión más correcta!

—No es que yo quiera hacer el amor contigo, Eleyne.

—¿Ah, no?

—Bueno, como querer, sí que quiero, tú ya lo sabes, pero no en un habitáculo que parece de cristal, a la vista de tantos seres de otros mundos. Lo que quiero que comprendas es que si Altor nos ordena que nos unamos sexualmente, y nos negamos, los kuyos volverán a hacernos sufrir horriblemente con sus malditas armas.

—Yo estoy dispuesta a sufrir lo que sea necesario.

—¿Crees que vale la pena?

—Estoy segura. ¿Tú no, Rory?

—Sinceramente, creo que no, Eleyne.

—Claro, tú lo que quieres es hacerme tuya como sea, donde sea y delante de quien sea.

—No digas tonterías, Eleyne.

—¿De veras te parecen tonterías?

—Mira, estamos en una situación difícil y, si queremos salir de ella, tenemos que actuar con astucia. Yo insulté a Altor y le di una paliza, pero no nos sirvió de nada. Seguimos cautivos en su astronave y ahora nos duele todo el cuerpo. Eso es lo que ganamos. Fui un estúpido al provocar a Altor delante de la media docena

de kuyos. Debí esperar una oportunidad mejor, para poder sacar provecho de ella.

—Es posible que todavía se presente.

—No si desobedecemos las órdenes de Altor.

—Pues yo sigo en mis trece, Rory. No me entregaré a ti en este habitáculo, a la vista de todos.

Nolan exhaló un suspiro.

—Está bien, no insistiré.

—Quiero incorporarme, Rory.

—¿No volverás a desmayarte?

—No creo. Ahora ya sé lo que voy a ver, y estoy preparada.

—Te ayudaré.

Eleyne y Rory quedaron sentados en la cama.

Desde allí observaron a las otras parejas de seres cautivos.

Muchos de ellos habían dejado de prestarles atención.

La pareja que ocupaba el habitáculo de la derecha, por ejemplo,

se había sentado y se había puesto a comer.

Los seres del habitáculo de la izquierda, los que tenían aspecto de lagartos, se habían tendido en la cama y hacían furiosamente el amor.

Evidentemente, ellos no habían tenido descendencia, todavía, y como sabían la suerte que les aguardaba, si no se reproducían en un período de tiempo que Altor estimase normal, ponían todo su empeño en ello.

Y no eran los únicos que se hallaban en plena función sexual.

En los habitáculos de enfrente, otras tres parejas de seres se afanaban por tener descendencia lo antes posible.

—¿Te das cuenta, Eleyne? —dijo Rory—. Esos seres no se avergüenzan de unirse íntimamente delante de los demás seres cautivos. Y, si sienten vergüenza, se la guardan para ellos. Comprenden que se trata de su vida, y hacen lo que sea por conservarla.

—Para vivir de esta manera es preferible la muerte —repuso gravemente la muchacha.

—No lo entiendes, Eleyne. Si todos estos seres no quieren morir, no es porque prefieran vivir encerrados como animales en estos habitáculos transparentes, sino porque no han perdido la esperanza de escapar algún día de las garras de Altor.

—¿Tú crees, Rory?

—Estoy seguro, Eleyne. ¿Acaso no albergamos nosotros la esperanza de recobrar nuestra libertad?

—Es distinto, Rory. A nosotros nos han atrapado hoy, pero aquí debe de haber seres que llevan semanas, meses, y hasta puede que años, encerrados en los habitáculos. Lógicamente, deben de haber perdido toda esperanza de volver sanos y salvos a sus respectivos mundos.

Rory Nolan movió la cabeza.

—Te equivocas, Eleyne. La esperanza es lo último que se pierde. Todo ser que se halla cautivo confía en recobrar la libertad algún día.

—Tal vez tengas razón, Rory.

—¿Significa eso que vas a reconsiderar tu actitud?

—Oh, no, de ninguna manera. Cuando yo me entregue a ti, será porque lo desee de todo corazón, Rory, no porque me lo ordene

ningún tipo chiflado. Y no tendremos espectadores, de eso puedes estar seguro.

Nolan sonrió con suavidad.

—De acuerdo, Eleyne.

La muchacha iba a añadir algo cuando la pantalla de lo que parecía ser un televisor se iluminó y la imagen de Altor apareció en ella.

Por la expresión de su rostro, tremendamente dura, Rory y Eleyne adivinaron que el coleccionista de seres había escuchado todo cuanto habían hablado, y a los dos se les erizó la piel.

CAPITULO IX

La voz de Altor resonó en el habitáculo:

—Mi astronave sigue girando alrededor de la Tierra, en órbita artificial y a prudente distancia de ella. Si continuamos cerca de vuestro mundo es porque tal vez me vea obligado a mataros a los dos y a capturar una nueva pareja de seres terrestres más dóciles que vosotros.

Rory Nolan y Eleyne Vasi sintieron frío, pese a que la temperatura, en el interior del habitáculo, era muy agradable. Alrededor de los 25 grados centígrados.

El habitante de Silanio siguió hablando:

—Me estáis causando muchos problemas, terrestres... Más que ninguna otra pareja de seres de los que forman mi colección. He sido insultado y golpeado. Sólo por eso debería ordenar vuestra muerte. Una muerte lenta y dolorosa, como venganza. Sin embargo, me conformaré con el castigo que ya habéis recibido, y del que vuestros cuerpos todavía se resienten. Pero me conformaré sólo en el caso de que a partir de este momento obedezcáis todas mis órdenes y no me causéis más problemas. De no ser así, moriréis los dos y seréis sustituidos en mi colección de seres humanos por otra pareja de terrestres.

Rory y Eleyne cambiaron una mirada.

Altor dejó transcurrir unos quince segundos y luego preguntó:

—¿Estáis dispuestos a obedecer mis órdenes, terrestres?

Rory, sin consultar con Eleyne, respondió:

—Sí, Altor. Queremos seguir con vida.

—Muy bien. Poneos los dos en pie.

Rory y Eleyne se irguieron con lentitud.

Altor ordenó:

—Quitaros la ropa y dejadla junto a la puerta del habitáculo.

Rory se bajó la cremallera del traje.

Eleyne, en cambio, siguió quieta.

Quieta… y con el rostro cubierto de rubor.

Rory, en tono muy bajo, suplicó:

—Obedece, Eleyne. Obedece o nos matarán a los dos.

Y tendremos una muerte lenta y llena de sufrimientos, ya lo oíste.

La muchacha vaciló todavía unos segundos.

Después, se llevó la mano al cierre de la falda y lo soltó.

La falda resbaló por sus caderas y cayó blandamente sobre la cama, dejando totalmente al descubierto sus hermosas piernas.

Rory sonrió levemente.

—Continúa, Eleyne —rogó, mientras se sacaba las botas.

La joven se llevó las manos a la espalda, para accionar el cierre de la pieza superior del vestido. Tuvo una nueva vacilación, pero finalmente se decidió y se despojó de la prenda, quedando con el torso desnudo.

Rory, que ya se había quitado el traje, y estaba en slip, posó un instante su mirada en los maravillosos senos de Eleyne, en sus rosados pezones, descaradamente erguidos.

Ella, roja ya como un tomate, le miró.

—Rory… —musitó.

El aerotaxista, adivinando que la muchacha no se despojaría del reducido pantaloncito dorado si antes él no quedaba completamente desnudo, se apresuró a bajarse el silp y se lo sacó por los pies.

Los ojos de Eleyne descendieron hasta posarse en los atributos masculinos de Rory.

—Vamos, Eleyne —le sonrió él—. Esto tiene menos importancia de lo que tú crees.

—No me importa que tú me veas desnuda, Rory. Lo que me llena de vergüenza es que me vea también Altor.

Y los demás seres cautivos.

—No pienses en ello. Imagínate que estamos los dos solos, que nadie puede vernos. Te sentirás mejor.

—Lo intentaré —repuso quedamente Eleyne, y se despojó del breve pantaloncito, quedando tan desnuda como Rory y el resto de

los seres que formaban la colección de Altor.

Nolan no pudo resistir la tentación de bajar su mirada hasta la región pubiana de la muchacha, cubierta de rubio y suave vello, perfectamente cuidado.

Después la miró a los ojos y dijo:

—Ya te he visto completamente desnuda, Eleyne. Y, aunque posees un cuerpo maravilloso, no voy a cambiar de opinión. Tu rostro es lo que más me sigue gustando de ti —Se lo acarició dulcemente, respetando todo lo demás.

—No sabes el bien que me hacen tus palabras, Rory.

—Te quiero.

—¿Estás seguro?

—Absolutamente.

Los ojos de Eleyne Varsi se humedecieron.

—Yo también te quiero, Rory.

—Eleyne...

Sus bocas se aproximaron, buscando el contacto.

Y es que tanto Rory como Eleyne se habían olvidado momentáneamente de que estaban siendo observados por Altor y por algunos de los seres cautivos.

Sólo pensaban en sí mismos, y se sentían muy felices y dichosos así.

La voz de Altor, sin embargo, les devolvió a la realidad, antes de que sus bocas llegasen a unirse.

—Recoged vuestras ropas y dejadlas junto a la puerta. Los kuyos las recogerán más tarde.

Rory Nolan miró la pantalla oval.

—¿Tenemos que estar siempre desnudos. Altor?

—Sí.

—¿Por qué?

—Mi colección de seres luce mucho más así.

—No nos dejes sin ropa, por favor.

—¿Acaso tienes frío, Rory?

—No, no es eso. Es que tanto Eleyne como yo estamos acostumbrados a llevar ropa y nos sentimos muy incómodos desnudos.

—Cuando os acostumbréis a moveros sin ninguna ropa, os sentiréis mucho más cómodos que vestidos.

—Déjanos, al menos, la ropa interior.

—Lo siento, no puedo complaceros. Todos los seres de mi colección se exhiben completamente desnudos y vosotros no podéis ser la excepción. Vamos, obedeced. Rory no quiso insistir más.

Sabía que no lograría convencer a Altor.

Se agachó y recogió el traje, las botas y el slip. Eleyne recogió también las dos piezas de su vestido, el pantaloncito y los zapatos.

Lo dejaron todo junto a la puerta del habitáculo. Entonces, Altor ordenó:

—Regresad a la cama y uníos sexualmente.

Eleyne Varsi dio un respingo nervioso.

—¡Rory! —exclamó ahogadamente.

Nolan la cogió de la mano y se la apretó cálidamente. Casi al oído de la muchacha y con voz susurrante, dijo:

—Trataré de arreglarlo, Eleyne.

—¿Cómo, Rory?

—Espera y verás.

Rory Nolan se volvió hacia la pantalla de televisión.

—Altor...

—¿Sí, terrestre?

—¿Es necesario que Eleyne y yo hagamos el amor en este momento?

—No, no es necesario. Pero yo lo quiero así... y así

será.

—¡ No estamos en condiciones, Altor.

—¿Por qué?

—Todavía acusamos los efectos de los rayos azulados, y tú lo sabes. Nos duelen todos los huesos, todos los músculos, todas las articulaciones... Nuestra Unión, así, no sería satisfactoria.

El coleccionista de seres pareció vacilar.

—¿Cuándo estaréis en condiciones de uniros íntimamente? —preguntó.

—Dormiremos unas horas y, cuando nos despertemos, habrán desaparecido los dolores y podremos hacer el amor.

—Está bien, os permitiré descansar.

—Gracias, Altor.

—Pero os advierto que mi astronave seguirá girando alrededor de la Tierra hasta el momento en que os unáis sexualmente. Si estáis

tratando de engañarme, moriréis y seréis reemplazados por otra pareja de terrestres.

—No será necesario, Altor —aseguró Rory.

—Por vuestro bien, así lo espero —repuso el habitante de Silanio, y su imagen desapareció de la pantalla, la cual se apagó seguidamente.

Rory miró a su compañera de cautiverio y sonrió.

—Lo conseguí, Eleyne —dijo muy bajo.

—Gracias, Rory —respondió ella, en el mismo tono, y le devolvió la sonrisa.

—Vamos a descansar.

—Sí.

Regresaron a la. cama y se tendieron en ella, muy juntos.

Como no había con qué cubrirse, tuvieron que resignarse a dormir con todo a la vista.

—Abrázame, Rory —pidió Eleyne.

Nolan la complació al instante.

—¿Sabes que esto es peligroso, Eleyne? —advirtió.

—¿Por qué?

—Abrazar tu cuerpo desnudo me excita.

—Ya me he dado cuenta —sonrió la joven, con algo de malicia.

Nolan carraspeó.

—Discúlpame, Eleyne. Soy un hombre, y los hombres a veces no podemos evitar que ciertas cosas ocurran.

La muchacha emitió una risita.

—No tengo nada que disculparte, Rory. Soy una mujer, y a las mujeres nos halaga que los hombres nos deseen. Especialmente cuando el hombre nos gusta.

—Es un suplicio, ¿sabes?

—¿El qué?

—Tenerte desnuda entre mis brazos y no poderte acariciar.

—¿Te lo he prohibido yo, acaso?

—No, pero si mis manos empiezan a recorrer tus formas...

—Hazlo, por favor.

—Me excitaré aún más, Eleyne.

—No importa.

—Luego no podré dormir. Y puede que tú tampoco.

—Si después de acariciarnos mutuamente nuestros cuerpos

desnudos, hacemos el amor, dormiremos como troncos.

Rory Nolan parpadeó sorprendido.

—Eleyne...

—¿Qué?

—Dijiste que no querías hacer el amor...

—Es cierto, no quería. Pero tendremos que hacerlo si queremos seguir con vida. Y entre hacerlo dentro de unas horas bajo la atenta mirada de Altor, y hacerlo ahora, prefiero lo último. No quiero entregarme a ti porque me lo ordene ese maldito loco, sino cuando yo lo desee. Y ahora lo deseo, Rory. De todo corazón.

Nolan comenzó a acariciarla.

—Eleyne, cariño...

—Bésame, Rory. Y no dejes de acariciarme, por favor.

Nolan la besó con mucha pasión y sus caricias se tornaron más ávidas y audaces, obligando a la muchacha a estremecerse de placer.

Algunos minutos después, el aerotaxista confesaba:

—No puedo resistir más, Eleyne.

—Yo tampoco, Rory —respondió ella, los ojos brillantes de excitación—. Hazme tuya, no lo demores ni un segundo más.

—¿De verdad no te importa que tengamos espectadores?

—Sí, claro que me importa. Pero procuro seguir tu consejo e imaginarme que estamos los dos solos, que nadie puede vemos.

—Eso mismo hago yo.

—Te deseo, Rory. Fervientemente.

—Y yo a ti, Eleyne.

No hablaron más.

Volvieron a besarse con ardor y Rory, con infinita ternura, y delicadeza, poseyó a Eleyne, arrancándole un largo y profundo gemido de placer.

CAPITULO X

Eleyne Varsi no se equivocó y, tras el acto sexual, con el que gozaron los dos intensamente, pese a no hallarse en las mejores condiciones físicas, ella y Rory Nolan se durmieron como troncos, el uno en brazos del otro.

Durante casi ocho horas nadie les molestó, aunque, al poco de

haberse dormido, cuatro kuyos se acercaron a su habitación y abrieron la puerta.

Rory y Eleyne no se despertaron.

Dos de los verdosos y horribles hombrecillos penetraron en el habitáculo y cargaron con las ropas de la pareja de terrestres, en silencio, siguiendo seguidamente de él.

Los otros dos kuyos cerraron la puerta y se alejaron todos con las indumentarias de Rory y Eleyne.

La muchacha fue la primera en despertarse.

Lo hizo sobresaltada, porque estaba sufriendo una espantosa pesadilla, pero al verse entre los brazos de Rory se tranquilizó.

Al moverse, Eleyne despertó involuntariamente al aerotaxista.

—Rory...

—Hola, cariño —sonrió él, y la besó en los labios, al tiempo que estrechaba su abrazo.

—¿Qué tal has dormido, Rory?

—Estupendamente. ¿Y tú...?

—Regular, tirando a mal.

—¿Cuál ha sido la causa?

—He tenido pesadillas.

—Lo siento.

—Cuando me desperté, hace apenas un minuto, estaba soñando que Altor me había llevado a sus aposentos y trataba de violarme.

—Como lo intente, le dejo sin cresta.

—Lo he pasado fatal. Rory.

—Olvídalo, sólo fue un mal sueño. A ti no te poseerá nadie más que yo.

—Suponiendo que yo te deje.

—¿Qué significa eso?

Eleyne Varsi rió y le revolvió el pelo.

—Sólo era una broma, tonto.

—Te adoro, bromista.

—Y yo a ti.

—¿Lo hacemos de nuevo?

—¿El qué?

—El amor, naturalmente.

Eleyne volvió a reír.

Me encantaría, pero no debemos.

—¿Por qué?

Altor aparecerá de un momento a otro en la pantalla de televisión y nos ordenará que hagamos el amor.

Y no podemos negarnos, Rory.

—¿Quién piensa en negarse? Yo le complaceré con mucho gusto.

—Eres un carota, Rory.

—Soy un hombre enamorado.

—Tienes que reservarte, porque si cuando Altor nos ordena que nos unamos sexualmente no pudieras poseerme, nos íbamos a ver los dos en un serio apuro.

Ahora fue Rory Nolan quien rió.

—No hay cuidado, Eleyne. Si supieras cuál es mi récord, te asombrarías.

—No seas vanidoso, Rory.

—¿Crees que exagero?

—Lo que creo es que debemos levantarnos, ducharnos y comer algo. ¿Tú no tienes apetito, Rory?

—Me comería un elefante con trompa y todo, pero como aquí no hay elefantes, me conformaré con comer te a ti. ¡Ñam, ñam, ñam!

—¡Estáte quieto, Rory! —pidió Eleyne, riendo.

—¡Pero qué resabrosona estás, cariño! ¡Cuanto más te muerdo, más ganas tengo de morderte! ¡Ñam, reñam, requeteñam!

—¡Rory, por favor!

Nolan interrumpió el mordisqueo.

—Después de todo, no lo estamos pasando tan mal. ¿verdad, cariño?

—Tú serías capaz de divertirte hasta en un patíbulo.

—Si te tuviera a mi lado, seguro.

—Levantémonos de una vez, caníbal.

—Lo que tú digas, mi vida.

Se pusieron los dos en pie, sin ninguna dificultad, porque los efectos de los rayos azulados habían desaparecido por completo.

—A mí ya no me duele nada, Rory. ¿Y a ti...?

—Tampoco. Las varias horas seguidas de descanso nos han dejado como nuevos.

—Vamos a ducharnos.

—Nos enjabonaremos mutuamente, ¿vale? —sugirió Nolan.

—Suponiendo que haya jabón.

—Lo hay. Lo comprobé mientras tú estabas desvanecida.

—De acuerdo con lo del mutuo enjabonamiento, pues —sonrió picaramente Eleyne.

—Eres un sol, cariño.

—Y tú un sinvergüenza.

Rieron los dos y se introdujeron en el cuarto de baño.

* * *

Media hora después, Rory Nolan y Eleyne Varsi, frescos y limpios, saciaban su apetito con algunos de los extraños, pero ricos manjares que había en la estancia que servía de sala de estar y comedor.

Se habían sentado los dos en el sofá y, mientras comían, observaban a los demás seres cautivos.

—Ya casi nadie nos presta atención, Rory —observó la muchacha.

—Es verdad, hemos pasado a ser una pareja de seres más para la colección de Altor. La curiosidad que todos sentían anoche, cuando nos vieron por primera vez, ha desaparecido. A nosotros nos sucederá lo mismo, Eleyne. Nos acostumbraremos a la presencia del resto de las parejas y dejaremos de fijarnos en ellas, incluso de las formadas por los seres más monstruosos. ¿A que ya no te horroriza tanto su aspecto?

—Es cierto, Rory. Y no sólo nos estamos acostumbrando a la presencia de tanto ser extraño, sino también a movernos completamente desnudos como ellos. Aquí estamos los dos, comiendo tranquilamente, sin ninguna ropa encima. Y nos hemos duchado a la vista de todos. ¿No lo encuentras sorprendente?

—El pudor es más fácil de vencer de lo que mucha gente cree, Eleyne. La primera vez que se intenta se siente una vergüenza terrible, pero después uno se acostumbra y acaba por no darle ninguna importancia. Es lo que nos está sucediendo a nosotros.

—Tienes razón, Rory. Y Altor también la tenía. Dijo que, en cuanto nos acostumbráramos a movemos sin ninguna ropa, nos sentiríamos mucho más cómodos que vestidos. Y así está empezando a ser.

—Ir sin ropa es una gran ventaja, desde luego —sonrió Nolan,

descendiendo con su mano hasta los muslos de Eleyne.

Ella los apretó rápidamente, impidiéndole adentrarse en ellos.

—Todo se tiene a mano, ¿verdad? —repuso.

El aerotaxista rió.

—A esa ventaja me refería, sí —confesó.

—Tienes la cara de níquel, compañero.

Rory iba a replicar, cuando la pantalla de televisión se encendió y Altor apareció en ella, con la sonrisa en los labios.

CAPITULO XI

Rory Nolan y Eleyne Varsi dejaron se comer en el acto.

La muchacha, además, se puso visiblemente nerviosa.

Y hasta le subió el pavo.

Todo muy lógico, teniendo en cuenta lo que significaba la aparición de Altor en la pantalla oval.

Roy y Eleyne tendrían que hacer el amor.

Y el coleccionista de seres no se perdería detalle.

Altor, sin dejar de sonreír, preguntó:

—¿Habéis descansado bien, terrestres?

—Perfectamente, Altor —respondió Nolan.

—Me alegro.

—Gracias.

—¿Son de vuestro gusto los alimentos que estáis comiendo?

—Sí, están muy ricos.

—¿Qué os parecen los demás seres de mi colección?

—Bien. Pero algunos son realmente feos. Altor.

El habitante de Silanio rió.

—Sí, es cierto. Los hay que parecen animales, en vez de seres humanos. Pero todos, sin excepción alguna, son seres inteligentes. Yo hablo con todos ellos, he aprendido sus respectivas lenguas, y nos entendemos perfectamente.

—No lo dudo, Altor. Tú eres un tipo muy listo.

—¿Lo dices con ironía, terrestre?

—¡Oh, no!

—Recuerdo que ayer pusiste en duda mi inteligencia.

—Olvida lo que pasó ayer, Altor.

—No será fácil olvidarlo, Rory. Luchamos y conocí la dureza de tus puños. Soy más alto y más musculoso que tú, pero no conseguí golpearte ni una sola vez.

—Tuve suerte, eso es todo.

—Yo nunca había sido derrotado en pelea alguna, terrestre. Siempre vencí a todos mis adversarios. Y de forma clara y rotunda, además.

—Bueno, no siempre se puede ganar, Altor. A mí también me han zurrado la badana en más de una ocasión. No hay que darle demasiada importancia. Cuando nos hombres pelean, uno gana y el otro pierde, es inevitable.

—Tú y yo tenemos que pelear de nuevo, Rory.

—No creo que sea necesario, Altor.

—Sí, sí que lo es. Tengo que averiguar si me venciste porque

tuviste suerte, como tú piensas, o porque realmente eres mejor luchador que yo.

—¿Qué importa eso, Altor? Olvidemos la pelea de ayer y seamos amigos.

—Amigos no podremos serlo nunca, y tú lo sabes, terrestre.

Naturalmente que Rory lo sabía, por eso no respondió.

Sólo trataba de confiar a Altor, para sorprenderle cuando se le presentase la oportunidad.

—¿Habéis terminado ya de comer, Rory? —preguntó el coleccionista de seres.

—Sí, hemos satisfecho nuestro apetito.

—Entonces, volved a la cama y unios sexualmente.

Rory miró a Eleyne.

La muchacha estaba roja como la grana, pero no dijo nada.

¿Qué podía decir?

No tenían más remedio que obedecer a Altor, y ella lo sabía.

Rory se puso en pie y le tendió la mano.

—Vamos, Eleyne.

La joven aceptó la mano del aerotaxista, se levantó también del sofá y se dejó conducir hacia la cama.

* * *

Pese a hallarse en mejores condiciones físicas que la noche pasada, la segunda unión íntima de Rory Nolan y Eleyne Varsi fue mucho menos placentera y satisfactoria que la primera, por culpa de la presencia de Altor, aunque fuera a través de la pantalla oval de televisión.

Rory y Eleyne se sintieron muy violentos, de manera especial la muchacha, que pasó una vergüenza terrible.

Cuando todo acabó, Altor dijo:

—Anoche os empleasteis con más vigor y energía que hoy, pese a acusar todavía los efectos de los rayos azulados.

Rory y Eleyne se miraron sorprendidos.

Altor rió.

—Pensabais que no lo sabía, ¿eh?

—¿Nos viste, Altor? —preguntó Nolan.

—Sí.

—La pantalla de televisión estaba apagada...

—Esta pantalla sirve para que vosotros podáis verme y oírme a mí, pero yo no necesito conectarla para veros y oíros a vosotros —explicó el coleccionista de seres.

—Entiendo.

—Vi cómo hacíais el amor, vigilé vuestro largo y profundo sueño, y esta mañana vi cómo os duchabais y os enjabonabais mutuamente. Fue muy divertido, de veras —sonrió Altor.

—Rory y Eleyne no hicieron ningún comentario.

El habitante de Silanio advirtió:

—Voy a mandar a unos cuantos kuyos por ti, Rory.

Nolan se envaró.

—¿Para qué?

—Te traerán a mi presencia y mediremos de nuevo nuestras fuerzas, terrestre.

—¿Por qué no lo dejamos para más tarde, Altor?

—No puedo esperar más, Rory. Tengo que saber cuanto antes si eres mejor luchador que yo o no.

Nolan no replicó.

Altor estaba firmemente decidido a pelear nuevamente con él, y no lograría hacerle cambiar de idea, por mucho que insistiera.

* * *

Los kuyos aparecieron a los pocos minutos.

Media docena de ellos, nada menos.

Y todos esgrimían sus pequeñas pero peligrosas armas, cuyos efectos tan bien conocían, por desgracia, Rory Nolan y Eleyne Varsi.

Uno de los kuyos abrió la puerta del habitáculo.

Altor, cuya imagen seguía viéndose en la pantalla de televisión, indicó:

—Sal del habitáculo y déjate llevar por los kuyos, Rory. Y, por favor, no intentes nada. Lo lamentarías profundamente.

La advertencia del coleccionista de seres hizo que Eley ne Varsi se estremeciera.

—Haz caso a Altor, Rory —suplicó, con voz susurrante.

Nolan le acarició el dorado cabello y le sonrió suavemente.

—No temas, cariño.

—Mucho cuidado en la pelea, Rory. Sospecho que Altor no va a jugar limpio.

—Peor para él, porque si juega sucio no tendré ningún miramiento y puede que hasta le tire de la cresta.

—Suerte, amor mío —deseó Eleyne, y le dio un apretado beso en los labios.

Rory la abrazó con calor y después salió del habitáculo, cuya puerta fue cerrada por el mismo kuyo que la abriera.

Flanqueado por la media docena de pequeños y horribles seres que le apuntaban con sus armas, Rory Nolan echó a andar por la especie de ancho corredor que quedaba entre una hilera y otra de habitáculos.

Las parejas de seres cautivos clavaron sus ojos en él.

Rory les miró a su vez.

Así, vistos de cerca, aún impresionaban más.

El aerotaxista siguió dejándose guiar por los seis

kuyos, quienes le sacaron de la enorme sala en donde se hallaban los habitáculos transparentes, algunos de ellos vacíos, en espera de nuevas parejas de seres con las que aumentar la colección del chiflado de Altor.

* * *

Rory Nolan tardó varios minutos en alcanzar los aposentos de Altor, ya que se hallaban bastante alejados de la sala en donde el coleccionista de seres exhibía su peculiar colección.

Las habitaciones privadas de Altor se encontraban custodiadas por un elevado número de kuyos. Más de una veintena de verdosos hombrecillos, contó el aerotaxista.

Rory fue conducido a presencia del habitante de Silanio.

Altor no estaba solo.

Una mujer le acompañaba.

¡Y qué mujer...!

Alta, hermosa, de formas exuberantes...

Era de la misma raza que Altor, pues su cabeza, tan afeitada como la del coleccionista de seres, se hallaba igualmente adornada por una cresta, más pequeña y menos roja que la de él. También tenía una pequeñas crestas detrás de sus preciosas orejas y en el

dorso de las manos, largas y finas, muy cuidadas.

La mujer de Silanio se cubría con una larga y tenue túnica amarilla, que apenas velaba su formidable cuerpo, por lo que Rory Nolan no tuvo que esforzar demasiado la vista para contemplar sus grandes y redondos

pechos, sorprendentemente erguidos, dado su volumen. Sus oscuros pezones, gruesos y aupados, resultaban tremendamente eróticos, así como sus amplias aureolas, igualmente morenas.

Los sorprendidos ojos del aerotaxista descendieron por el liso vientre de la mujer y se posaron en sus rotundas caderas, luego en sus fascinantes piernas, de largos y torneados muslos, y por último en el moreno vello que poblaba su pubis y el arranque de su sexo, que a la habitante de Silanio, voluptuosamente recostada sobre unos mullidos y vistosos almohadones, parecía no importarle exhibir a través de la transparente túnica.

Altor, que se hallaba recostado junto a la turbadora hembra, se irguió sonriendo y dijo:

—Te presento a Zora, Rory. Es mi esposa. Bueno, una de mis esposas. Tengo varias.

—Si todas son tan hermosas como Zora, no tengo más remedio que envidiarte, Altor —repuso Nolan, sin quitarle la vista de encima a la sensual habitante de Silanio.

El coleccionista de seres rió, visiblemente halagado.

—Envídiame, terrestre, porque todas mis esposas son así de bellas y apetecibles.

—Eres un tipo afortunado, Altor.

—Eleyne también es una mujer bella y deseable, Rory.

—Sí, pero a ti no te debe gustar, porque no tiene cresta.

Altor volvió a reír.

La cresta es lo de menos, terrestre. Son otras las cosas que a mí me interesan de una mujer…

Nolan sabía a lo que se refería el habitante de Silano, pero no hizo ningún comentario.

—¿Estás dispuesto para la pelea, Rory? —preguntó Altor.

—Sí, lo estoy. ¿Vamos a pelear aquí?

—Sí.

—¿En presencia de Zora?

—¿Te importa que esté presente?

—Bueno, teniendo en cuenta que estoy desnudo como un gusano…

Altor rió.

—No te preocupes por eso, terrestre. Zora está acostumbrada a ver hombres desnudos, de todas las razas.

«Estará todo lo acostumbrada que tú quieras, pero a mí no me quita los ojos de entre los muslos», pensó Nolan.

Era cierto.

Zora observaba con fijeza los atributos masculinos del terrestre, y sus negros ojos brillaban de una manera muy particular.

Altor se quitó la gruesa cadena de oro que llevaba al cuello, de la cual pendía un extraño objeto en forma de lágrima, que despedía continuos destellos.

—Observa esto, Rory.

Nolan clavó los ojos en el objeto.

Altor comenzó a balancearlo muy lentamente.

Los ojos del aerotaxista siguieron los movimientos de la destellante lágrima.

Fue un error.

Un error que iba a pagar muy caro.

CAPITULO XII

Rory Nolan se dio cuenta de que su voluntad quedaba anulada, que el astuto Altor le estaba hipnotizando.

Intentó apartar su mirada del maldito objeto destellante, pero ya era tarde. Atraía sus ojos como un imán.

Rory, como último recurso, trató de cerrar los ojos, para librarse del efecto hipnótico de la lágrima centelleante, pero tampoco pudo.

Los párpados no le obedecían.

Ni los párpados ni nada.

Rory no podía moverse.

Ni hablar.

Se había convertido en una estatua.

Sólo las bolas de sus ojos se movían, al mismo compás que el objeto que utilizaba Altor para hipnotizarle.

Sin dejar de balancearlo lentamente, el coleccionista de seres preguntó:

—¿Me oyes, Rory?

Nolan no respondió.

—Contesta, terrestre. ¿Me oyes?

—Sí —murmuró el aerotaxista, sin apenas despegar los labios y con una voz que no parecía la suya.

—¿Recuerdas mi nombre, Rory?

—Sí, te llamas Altor.

—Así es. Pero yo quiero que me llames amo. ¿Entendido?

—Sí, amo.

—Muy bien —sonrió Altor, y dejó de mover el objeto brillante.

Ya no tenía necesidad de hacerlo.

El terrestre se hallaba totalmente hipnotizado, y seguiría así hasta que él le despertase, haciendo uso nuevamente del objeto que pendía de la gruesa cadena de oro.

Altor volvió a colgársela del cuello y ordenó:

—Arrodíllate, Rory.

Nolan obedeció.

Bésame las puntas de las botas.

El aerotaxista se las besó.

Altor rompió a reír.

—¿No es tremendamente divertido, Zora? —dijo, en lengua silaniana, a la hermosa hembra.

—Sí, mucho —respondió ella, riendo también.

—¿Qué más cosas podemos obligarle a hacer antes de cobrarme la paliza que me dio?

—Ordénale que ladre, Altor.

—¡Excelente idea! —aplaudió el coleccionista de seres—. Ladra, Rory.

Nolan se puso a ladrar como si fuera un perro.

Altor y Zora se mondaban de risa.

El primero dijo:

—¿Sabes que eres un perro muy simpático, Rory?

—Sí, amo. ¿Tengo que ladrar más?

—No, es suficiente. Ahora quiero que aúlles, como si fueras un lobo.

—Sí, amo —respondió sumisamente el terrestre, y empezó a aullar.

Las carcajadas de Altor y Zora arreciaron.

—Qué bien hace el lobo, ¿eh, Zora?

—Estupendamente, Altor.

—Basta, Rory. No aúlles más.

—Sí, amo.

—Ahora quiero que camines a cuatro patas. Vamos, hazlo.

Nolan apoyó las manos en el suelo y comenzó a caminar como los animales.

Altor y Zora batieron de nuevo las mandíbulas.

—¿No te gustaría montarlo, Zora? —sugirió él.

—¡Me encantaría! —respondió ella, sin dudar.

—Párate, Rory —ordenó Altor—. Zora quiere montarte.

—Sí, amo —respondió Nolan, y se detuvo.

Zora se puso en pie y se sentó sobre el lomo del terrestre, a cuyo cuello se agarró.

—Muévete de nuevo, Rory —indicó Altor.

Nolan obedeció.

Altor y Zora volvieron a troncharse de risa.

La tremenda hilaridad hizo que la esposa del coleccionista de seres perdiera el equilibrio y se cayera del lomo del terrestre, propinándose una buena costalada.

—¡Ay! —gritó, arrugando su hermoso rostro.

—¡Mira lo que has hecho, estúpido! —rugió Altor, y le dio un furioso puntapié a Rory en su desnudo trasero.

Ahora fue el terrestre quien se quejó.

—Lo siento, amo —dijo después.

—¡Has lastimado a Zora! —barbotó Altor, y le atizó un nuevo patadón en las nalgas.

Nolan se quejó de nuevo.

—Fue sin querer, amo.

—Conque sin querer, ¿eh? ¡Yo te enseñaré a ti, condenado!

Altor siguió castigando al terrestre, al que molió literalmente a puntapiés, sin que él hiciera nada por evitarlo.

Cuando se cansó de darle patadas en todo el cuerpo, el habitante de Silanio ordenó:

—¡En pie, Rory!

Nolan, con cierta dificultad, a causa de tanto golpe recibido, se irguió.

Altor le abofeteó duramente.

El terrestre siguió recibiendo estoicamente el castigo.

Empezó a sangrar por la nariz, y por ambas comisuras de la boca.

Zora, todavía en el suelo, donde se masajeaba la cadera con gesto de dolor, pidió:

—No le golpees más, Altor.

—¡Le voy a pegar hasta que me duelan las manos! —El terrestre no tuvo la culpa de que me cayera.

—¡Sí que la tuvo!

—Me caí a causa de la risa, Altor.

—¡El te derribó!

—Por favor, Altor. El terrestre ya ha recibido suficiente castigo.

—¡Me pegó muy duro, Zora! ¡Tengo que cobrarme con creces cada golpe recibido!

Zora no insistió.

Altor dejó de abofetear a Rory Nolan, pero no por que se le hubiese ablandado el corazón, sino para golpearle ahora con los cantos de las manos.

Le golpeó en los costados, en el pecho, en los sobacos, en ambos lados del cuello...

Al terrestre se le doblaron las piernas y se derrumbó.

Altor se dejó caer de rodillas junto a él y siguió golpeándole brutalmente.

Zora desvió la mirada para no ver cómo Altor se ensañaba con el indefenso Rory Nolan.

El coleccionista de seres golpeó al terrestre hasta hacerle perder el conocimiento. Entonces, y sólo entonces, suspendió el castigo.

Altor se irguió y ordenó a la media docena de kuyos que cargaran con el cuerpo inanimado de Rory Nolan y lo devolvieran a su habitáculo.

Los pequeños y verdosos seres, que habían presenciado totalmente impasibles las humillaciones y la lluvia de golpes que había recibido el terrestre, se apresuraron a obedecer.

CAPITULO XIII

Cuando Rory Nolan volvió en sí, se encontró acostado en la cama del habitáculo que compartía con Eleyne Varsi.

La muchacha, arrodillada junto a él, le acarició tiernamente las mejillas. —

—Rory... —musitó, procurando disimular su pena.

El aerotaxista compuso una mueca de sufrimiento y murmuró:

—Tus sospechas no carecían de fundamento, Eleyne.

—¿Jugó sucio Altor?

—Sí, muy sucio.

—¿Qué pasó, Rory?

Nolan, bajando mucho la voz, para que el coleccionista de seres no pudiera oírle, aunque les estuviese viendo y escuchando, explicó:

—Altor me hipnotizó, utilizando ese extraño y destellante objeto que lleva al cuello. Me pidió que lo mirara y yo fui tan estúpido que clavé mis ojos en él. Altor comenzó a moverlo lentamente y al instante noté que mi voluntad quedaba anulada. Quise apartar la mirada de esa maldita lágrima centelleante, pero me fue imposible. Después... Bueno, lo que ocurrió después no puedo recordarlo, pero es fácil de adivinar, a juzgar por lo mucho que me duele todo. Altor, aprovechándose de mi estado hipnótico, debió golpearme hasta que se cansó. De esa manera se vengó de la paliza que le di yo anoche.

—Canalla... —mascullό Eleyne.

Rory esbozó una débil sonrisa.

—Te parecerá extraño, cariño, pero yo me alegro de que todo eso sucediera.

La joven parpadeó, desconcertada.

—¿Que te alegras de que Altor te golpeara hasta hartarse...?

—De que me golpeara, no, claro. Pero sí de que se valiera de los medios que se valió para impedir que yo pudiera devolverle los golpes o evitar los suyos.

—No te entiendo, Rory.

—Tengo un plan, Eleyne.

—¿Un plan para qué?

—Para recobrar nuestra libertad y regresar a la Tierra.

Eleyne respingó.

—¿De veras, Rory?

—Sí, escucha...

Siempre en voz baja, apenas audible, Rory Nolan expuso a Eleyne Varsi el plan que había ideado para escapar de su cautiverio.

—¿Qué te parece, Eleyne? —preguntó después.

—Es un plan muy arriesgado, Rory —opinó la muchacha, visiblemente preocupada.

—Puede dar resultado, estoy seguro.

—Sí, pero si falla...

—Tenemos que intentarlo, Eleyne. Cuanto más lejos nos hallemos de la Tierra, más difícil será la huida.

—Está bien, Rory. Lleva a cabo tu plan... y que Dios nos ayude.

* * *

Unos treinta minutos después de que Rory Nolan hubiese recobrado el conocimiento, la pantalla de televisión se iluminó y el rostro de Altor apareció en ella.

Un Altor alegre y risueño, visiblemente satisfecho.

—Veo que ya te has despertado, terrestre.

—Sí, ya estoy despierto —rezongó Nolan, sin moverse de la cama.

—¿Cómo te sientes?

—Bastante mal. Debiste darme mucho y muy duro, ¿verdad?

El coleccionista de seres rió.

—Sí, esta vez me tocó a mi dar y a ti recibir, Rory.

—No puedo recordar cómo transcurrió la pelea, Altor. Mi mente está en blanco.

—Te cacé de buenas a primeras con un golpe en el cuello, y ello te restó fuerzas y agilidad para esquivar los siguientes, por lo que pude golpearte a placer.

—Te felicito, Altor.

—Bueno, como tú mismo dijiste, no siempre se puede ganar, terrestre.

—Claro.

—Tú eres un buen luchador, pero yo también lo soy.

—Deberíamos enfrentarnos de nuevo para saber cuál de los dos es mejor —sugirió Nolan.

Al habitante de Silanio le encantó la idea.

—¿De veras quieres que peleemos por tercera vez, Rory?

—Me gustaría, sí. Yo gané en nuestro primer enfrentamiento, y tú venciste en el segundo. Quien triunfe en nuestra tercera pelea demostrará ser mejor luchador.

—Estoy de acuerdo, terrestre. ¿Cuándo quieres que peleemos?

—Dame un par de horas para recuperarme y luego manda a los

kuyos a por mí.

—¿Sólo un par de horas, Rory…?

—Sí, será suficiente. Yo me recupero pronto de los golpes.

—Muy bien, Rory. Dentro de dos horas tendrás ahí a los kuyos. Mientras tanto, descansa.

El rostro del coleccionista de seres se borró de la pantalla oval y ésta se apagó.

*   *   *

Justo dos horas después, la imagen de Altor aparecía de nuevo en la pantalla.

—Los kuyos ya se dirigen hacia ahí, Rory.

—Bien.

—¿Te has recuperado del todo?

—Sí, me encuentro perfectamente.

—Me alegro. No quiero enfrentarme a ti con ventaja —sonrió cínicamente el coleccionista de seres.

—Quisiera pedirte un favor, Altor.

—Tú dirás.

—A Eleyne le gustaría presenciar la pelea. ¿Tienes algún inconveniente?

El habitante de Silanio vaciló:

Nolan recordó:

—Yo no me opuse a que Zora presenciase nuestra segunda pelea, Altor.

El extraterrestre sonrió.

—Está bien, Rory. Trae a Eleyne contigo. Zora se encuentra conmigo en este momento. Ella y Eleyne serán espectadoras.

—Gracias, Altor.

—No hay de qué, terrestre —respondió el alienígena, mirando a Eleyne con mal disimulado deseo.

*   *   *

Rory Nolan y Eleyne Varsi fueron conducidos a los aposentos de Altor por media docena de kuyos, quienes les estuvieron apuntando

en todo momento con sus armas.

Eleyne y Zora se observaron mutuamente, aunque esta última no tardó en desviar su mirada y posarla en Rory.

En lo que Rory tenía de hombre, más concretamente, y que su completa desnudez le obligaba a exhibir.

Eleyne se dio cuenta de ello y frunció el ceño.

Tampoco a Rory le gustó la forma en que Altor miraba a Eleyne, pero no dijo nada. Confiaba en tener dominada la situación, antes de que el coleccionista de seres se decidiese a abusar de Eleyne, pues adivinaba que eso era lo que deseaba el muy cerdo.

Altor se quitó la cadena que llevaba al cuello y se acercó a Rory y Eleyne, dispuesto a hipnotizarles a los dos con la lágrima destellante.

Cuando hubiese anulado la voluntad de ambos, le daría una nueva paliza a Rory y luego violaría a Eleyne tranquilamente, porque la muchacha no podría hacer nada por evitarlo. Incluso participaría activamente en el acto, porque él así se lo ordenaría para obtener un mayor goce.

—Observad este precioso objeto, terrestres —pidió, mostrándoles la centelleante lágrima.

Rory y Eleyne simularon clavar sus ojos en ella, pero en realidad fijaron su mirada en otro sitio.

Altor no se dio cuenta de ello y comenzó a mover el brillante objeto.

Rory y Eleyne movieron también las bolas de los ojos, pero cuidando de no fijarlas ni siquiera una fracción de segundo en la peligrosa lámina.

Un par de minutos después, Altor creía tenerlos a los dos profundamente hipnotizados. Les habló para convencerse y, como Rory y Eleyne respondieron con extraña voz, absolutamente inmóviles, el coleccionista de seres ya no tuvo la menor duda de que era dueño de la voluntad de la pareja de terrestres, por lo que devolvió la gruesa cadena de oro a su cuello.

Como tenía prisa por poseer a Eleyne, Altor le propinó unos cuantos golpes a Rory con el filo de las manos.

El aerotaxista fingió desplomarse sin conocimiento.

Al ver que quedaba inmóvil en el suelo, con los ojos cerrados, Altor mordió el anzuelo y no le golpeó más. Miró a los seis kuyos y

les ordenó que abandonaran la estancia.

Después le ordenó lo mismo a Zora.

La hermosa hembra preguntó:

—¿Qué vas a hacer con la mujer extraterrestre, Altor?

—Divertirme con ella.

—Altor...

—Vete, Zora. Ya te llamaré cuando termine.

La habitante de Silanio obedeció sumisamente.

Altor clavó su mirada, brillante de deseo, en el maravilloso cuerpo desnudo de Eleyne Varsi, cuyos pechos tomó entre sus manos, empezando a acariciarlos.

—Tú y yo vamos a pasarlo muy bien, Eleyne.

—Sí, amo.

—Recuéstate sobre los almohadones.

La muchacha obedeció.

Altor se recostó junto a ella y comenzó a besarla en el rostro, en el cuello, en los hombros, en los senos, mientras sus manos recorrían el resto de su desnudo cuerpo.

Entusiasmado con la mujer terrestre, cuya voluntad creía totalmente anulada, el coleccionista de seres no vio que Rory Nolan se incorporaba silenciosamente y se acercaba a la pared, en la cual pendían dos fusiles de extraño diseño, pero que el terrestre estaba seguro de saber manejar.

Nolan empuñó uno de ellos.

Al descolgarlo, sonó una alarma.

Altor se revolvió en el acto.

—¡Maldito...! —rugió, haciendo ademán de levantarse.

—¡Quieto, Altor! —ordenó Rory—. ¡Si te mueves acabo contigo!

El extraterrestre interrumpió su acción al verse encañonado por uno de sus fusiles de rayos desintegradores, y el color empezó a huir de sus mejillas.

—¡Apártate de él, Eleyne, y coge el otro fusil! —indicó Rory.

La muchacha se apresuró a obedecer.

La alarma seguía sonando.

Súbitamente, la puerta se abrió y varios kuyos irrumpieron en la estancia.

—¡Dispara, Eleyne! —gritó Rory, accionando ya el disparador del fusil que empuñaba.

Eleyne accionó también el gatillo de su arma.

Los rayos anaranjados que brotaron de las anchas bocas de los fusiles cayeron sobre los kuyos y los convirtieron en humo.

Un humo denso y blanquecino que no tardó en disiparse.

De los pequeños y verdosos seres de un solo ojo y boca de pez no quedó ni rastro.

—¡Vigila tú la puerta, Eleyne! —indicó Rory, mientras apuntaba de nuevo a Altor.

El coleccionista de seres seguía en el suelo, muy pálido.

Rory ordenó:

—Si aparecen más kuyos, ordénales que arrojen sus armas, Altor. Si no lo haces, dispararé sobre ti y te desintegraré. Tú verás lo que te conviene.

EPILOGO

Aparecieron más kuyos, como ya era de suponer, pero Altor, que no quería convertirse en humo, se apresuró a ordenarles que tiraran sus armas y que se rindieran a la pareja de terrestres.

Sin dejar de apuntar al coleccionista de seres con su fusil, Rory Nolan siguió dando órdenes, y el habitante de Silanio las obedeció todas, para salvar su vida.

De esta manera, Rory y Eleyne consiguieron que la gigantesca nave extraterrestre variara su rumbo y se dirigiera a la Tierra. También consiguieron que les fueran devueltas sus ropas, las cuales se colocaron inmediatamente, cubriendo su total desnudez.

Cuando la astronave de Altor se halló próxima a la Tierra, Rory Nolan obligó al coleccionista de seres a establecer comunicación con el Ministerio de Defensa de los Estados Unidos.

El aerotaxista informó de todo al jefe supremo del Ministerio, el cual tomó las medidas oportunas para cuando la astronave

extraterrestre aterrizara en el lugar indicado por él.

Ello sucedía apenas media hora después, en medio de una gran expectación.

Varias docenas de soldados, convenientemente armados, subieron a la astronave alienígena y se hicieron cargo de Altor y de todos los kuyos, liberando seguidamente a todas las parejas de seres que formaban la colección del chiflado habitante de Silanio.

Más tarde, las autoridades terrestres estudiarían el modo de devolver a los numerosos seres cautivos a sus respectivos planetas.

Rory Nolan y Eleyne Varsi, tras responder pacientemente a cientos de preguntas, fueron trasladados a una cómoda habitación para que descansaran unas cuantas horas.

Rory y Eleyne se desnudaron y se metieron en la cama, pero no para descansar, sino para hacer el amor.

Lo hicieron.

Y, por primera vez, sin espectadores.

Después, Rory miró a los ojos a Eleyne y le propuso:

—¿Quieres casarte conmigo?

—¿De veras lo deseas, Rory?

—Sí, nada puede hacerme más feliz.

—A mí tampoco —confesó Eleyne.

Un instante después, sus bocas se unían en largo y apasionado beso, al tiempo que sus cuerpos desnudos se estrechaban mutuamente, como deseando que aquel maravilloso momento no acabase nunca.

F I N